

Serie: Tratados Teológicos

La Cena del Señor

Un estudio profundo de la institución del rito
cristiano de la Cena del Señor y su significado
salvífico y escatológico.



Federico Salvador Wadsworth





0. Contenido

0.	Contenido	2
1.	Introducción General	3
2.	Estructura del Tratado Teológico	3
3.	Mapa General de Tratados.....	5
4.	Mapa del Tratado	6
5.	Propósito del Tratado	7
6.	Desarrollo del tema	7
6.1.	Introducción.....	7
6.2.	La institución del rito	7
6.3.	Un rito sagrado y conmemorativo	9
6.4.	El rito de humildad	11
6.5.	Complemento del bautismo.....	15
6.6.	La cena	17
6.7.	La actitud en la cena	21
7.	Material complementario	24
7.1.	Quiénes deben participar	24
7.2.	La hostia.....	27
7.3.	El vino	29
7.4.	La misa y la comunión católica	33
7.5.	Transubstanciación	36



1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32)**.

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15)**.

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7)**.

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12)**. Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- | | | |
|----|----------------------------|-------------|
| a. | Religiones comparadas | Serie 70.nn |
| b. | Cronologías | Serie 75.nn |
| c. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. | Genealogías | Serie 85.nn |
| e. | Biografías bíblicas | Serie 90.nn |
| f. | Historia | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
- b. Citas Bíblicas (en color rojo).
- c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
- d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
- e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
- f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
- g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

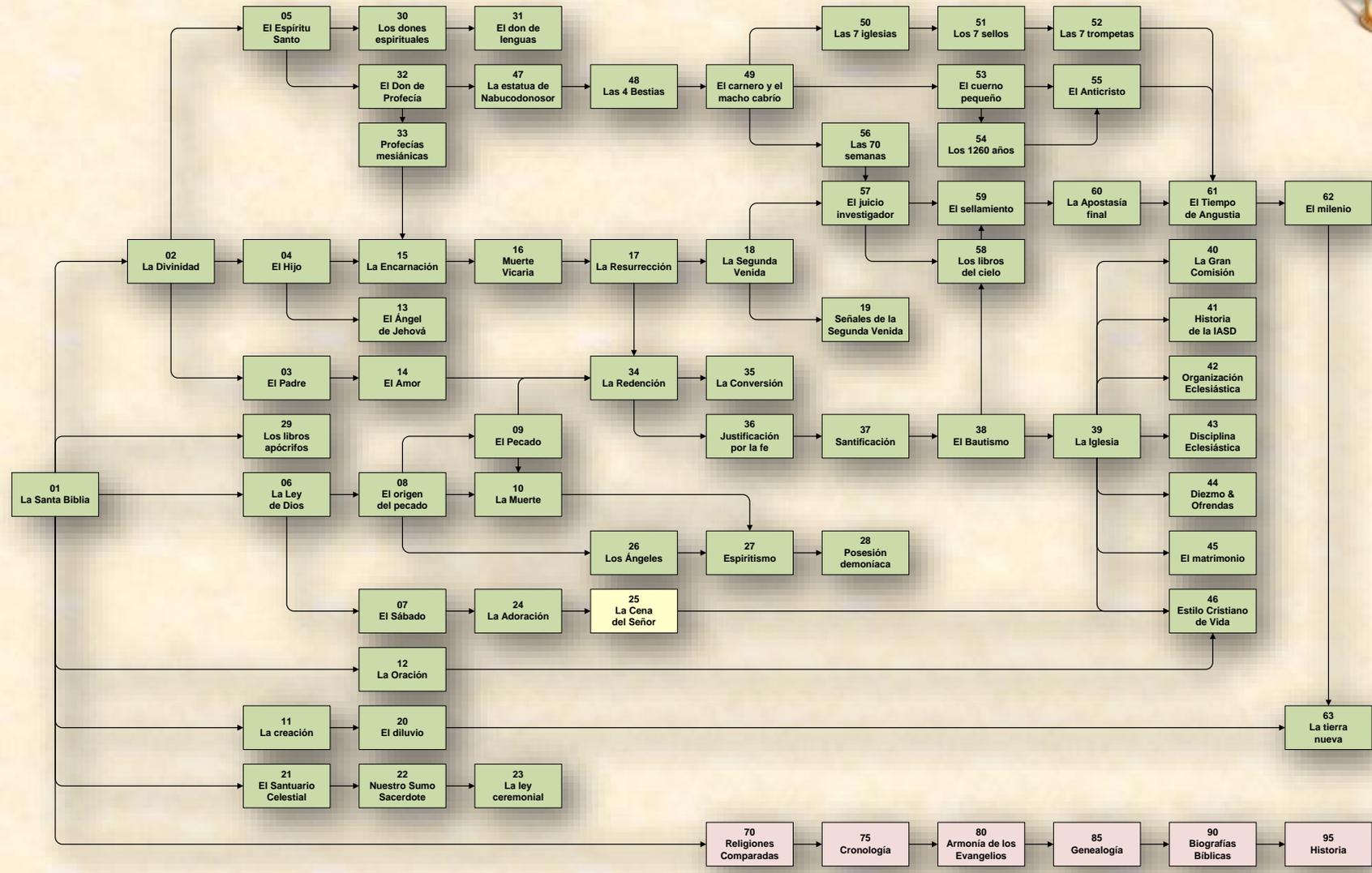
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayuda memoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchen con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que “de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8).

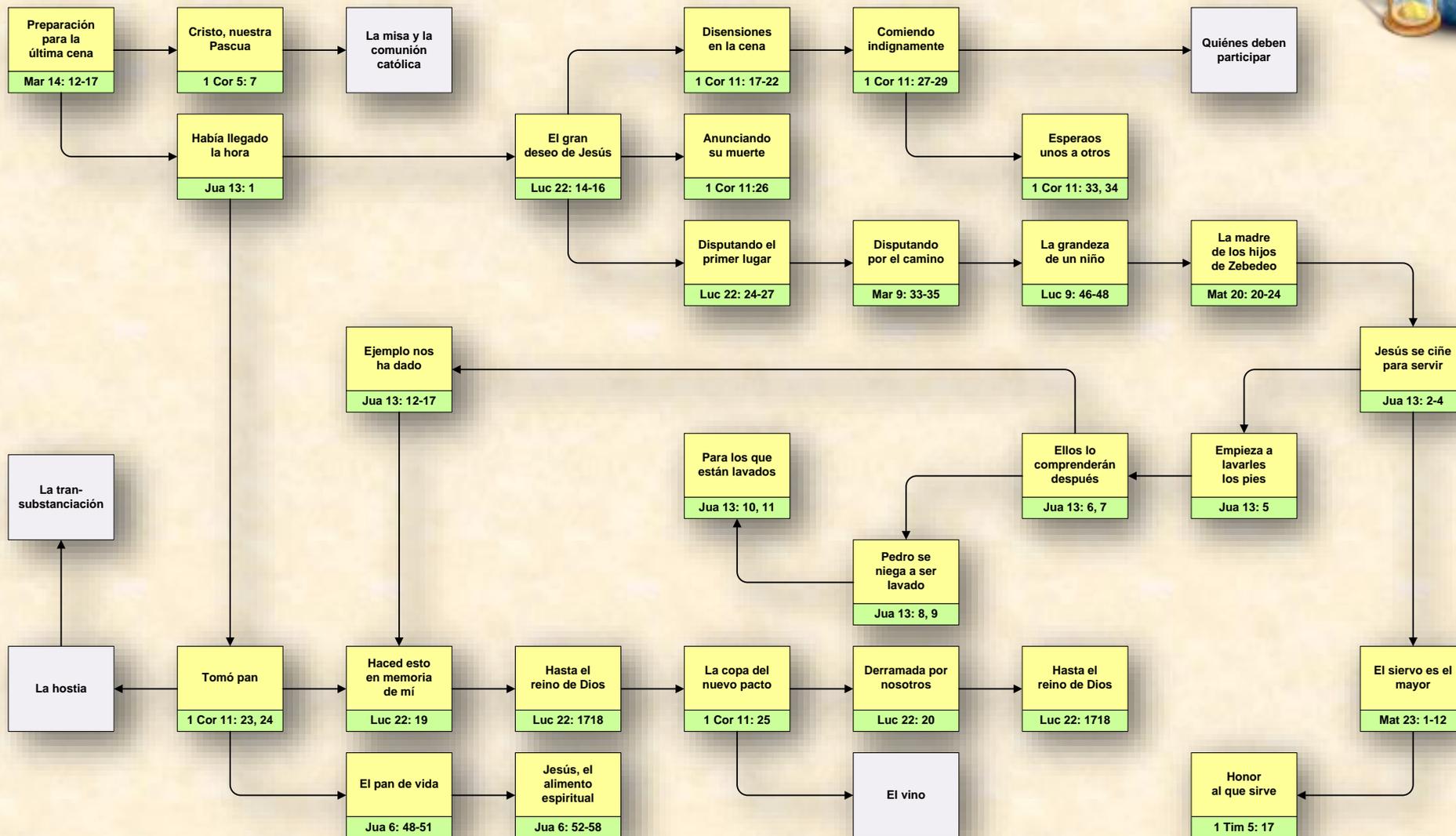


3. Mapa General de Tratados





4. Mapa del Tratado





5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- Destacar la importancia de la Cena de Señor como rito y conmemoración.
- Establecer correctamente el significado de los símbolos del pan y el vino.
- Relacionar el rito de humildad con el servicio cristiano y el bautismo.
- Definir teológicamente algunos errores en el rito de la eucaristía católica.

6. Desarrollo del tema

6.1. Introducción

El rito de la Cena del Señor que Jesús estableció aquella noche de jueves, víspera de la Pascua, ha recibido siempre la atención de los estudiosos de las Escrituras y de quienes como nosotros encuentran en esa celebración una fuente de inspiración. Considero que el análisis de las últimas horas de Jesús con sus discípulos antes de su pasión puede ayudarnos a comprender el mensaje de amor que está atado al sacrificio del Hijo de Dios por nosotros.

Es importante también el estudio de este tema pues gran parte de la cristiandad tiene un concepto erróneo de lo que la Cena del Señor significa, no sólo en cuanto a los emblemas del pan y el vino, sino sobre el significado de las dos partes del rito; especialmente teniendo en cuenta que para la iglesia popular la primera parte del rito ha sido quitado a los feligreses y solamente es practicado, en contadas ocasiones, por la jerarquía. El rito de humildad, tiene un importante significado teológico para la salvación mientras que la cena tiene un mensaje para el último tiempo.

Como en cada doctrina el centro del mensaje de la Cena es Jesús, aquí además en su faceta de Maestro y Siervo de siervos para mostrarnos que la verdadera grandeza se alcanza cuando nos damos a los demás por amor, cuando se demuestra que el amor es más dar que recibir.

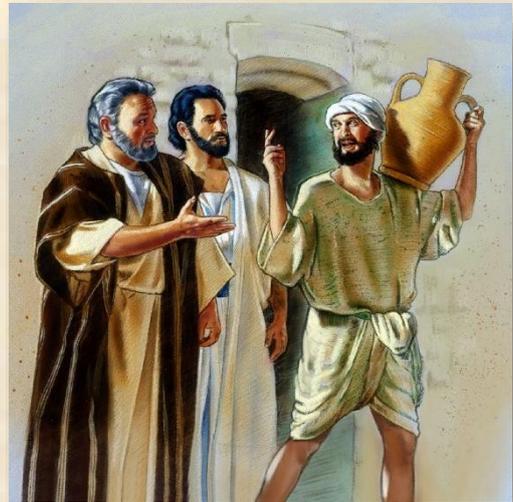
6.2. La institución del rito

Se acercaba la pascua final, la última también de la vida de Jesús en esta tierra. El Maestro deseaba pasar esta última ocasión con el pleno de sus discípulos y dejarles un mensaje que perduraría en el tiempo. Encargó a sus discípulos que prepararan la pascua y dio instrucciones precisas de cómo y dónde encontrarían el lugar para reunirse. Jesús pensaba en que esta sería una ocasión especial, la oportunidad de dejar un mensaje imperecedero en la mente de sus seguidores de aquel tiempo y de hoy.

Era además una de sus últimas oportunidades de prepararlos para un acontecimiento que podría haber sido demoledor para sus esperanzas: la muerte de su Maestro. Pero también requerían otra preparación, para habilitarlos a trabajar unidos frente a la gran obra que se les encomendaba; debería dejarles una lección de humildad y servicio a los demás, que ellos no pudieran nunca olvidar.

El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la pascua? Y envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y donde entrare, decid al señor de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad para nosotros allí. Fueron sus discípulos y entraron en la ciudad, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua. Y cuando llegó la noche, vino él con los doce.

Marcos 14: 12-17



Además, esa noche significaría un punto bisagra entre la Pascua con todo su precioso simbolismo relacionado con la liberación (de la esclavitud de Egipto y del pecado), y el rito de la Cena que la reemplazaría. Aunque ambos ritos tienen objetivos comunes, la Cena debería proveer una mayor comprensión sobre temas claves como la limpieza del pecado y el sacrificio expiatorio, además de

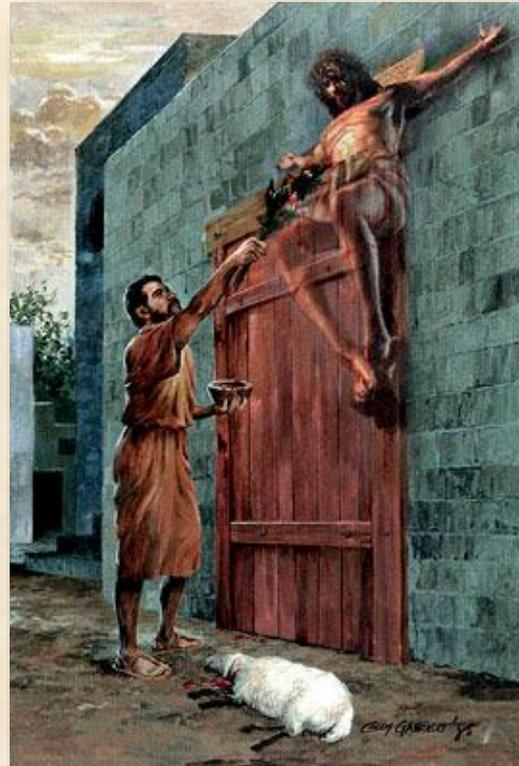


convertirse en un anuncio permanente de la Segunda Venida. El sistema de ceremonias que formaba parte de la ley ceremonial estaba a punto de quedar sin efecto, cuando el verdadero Cordero de Dios, a quien esta presentaba en figura, estaba a punto de ser sacrificado. La muerte del Redentor pondría pues fin a estas ceremonias y Cristo estaba a punto de instituir un rito que las reemplazaría, un rito además que no iba a tener un componente histórico o nacional y que iba a tener un trasfondo espiritual, por lo que podría llegar, con su mensaje de amor, por igual a judíos y gentiles.

Cristo se hallaba en el punto de transición entre dos sistemas y sus dos grandes fiestas respectivas. El, el Cordero inmaculado de Dios, estaba por presentarse como ofrenda por el pecado, y así acabaría con el sistema de figuras y ceremonias que durante cuatro mil años había anunciado su muerte. Mientras comía la pascua con sus discípulos, instituyó en su lugar el rito que había de conmemorar su gran sacrificio. La fiesta nacional de los judíos iba a desaparecer para siempre. El servicio que Cristo establecía había de ser observado por sus discípulos en todos los países y a través de todos los siglos.

Ellen G. White,
El Deseado de todas las Gentes, 608

Pablo señala que Cristo es el Cordero Pascual, sacrificado finalmente como respuesta al símbolo de la fiesta judía. El cordero que se comía en la Pascua proveía la sangre con la que marcaría la puerta de todos los hogares para que no sea visitado por el Destructor, aquella terrible noche de Egipto. De la misma manera, la sangre de Cristo nos libra del pecado y la muerte eterna. Pero como en el caso de la Pascua había que comerla, también Cristo, su carne y su sangre, debería ser simbólicamente nuestro alimento. Este es el concepto base de la institución de la Cena del Señor.



**Limpiaos, pues, de la vieja levadura,
para que seáis nueva masa, sin levadura
como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.**

1 Corintios 5: 7

Como Jesús conocía que su momento final se acercaba deseaba tener un momento singular con sus discípulos, su amor por ellos y su convicción que aún debería producirse cambios importantes en sus corazones lo llevó aquella noche al aposento alto.

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Juan 13: 1

Debía por otro lado establecer una bisagra profética entre el sistema prefigurado por las fiestas judías, a punto de terminar con su muerte, y un nuevo rito que debía anunciar luego su futura venida. Así como las fiestas y el santuario, con su ley ceremonial, apuntaban a su primera venida, al Mesías sacrificado, esta nueva fiesta espiritual debía conectar a los adoradores con su futura aparición en las nubes de los cielos.

La Pascua fué ordenada como conmemoración del libramiento de Israel de la servidumbre egipcia. Dios había indicado que, año tras año, cuando los hijos preguntasen el significado de este rito, se les repitiese la historia. Así había de mantenerse fresca en la memoria de todos, aquella maravillosa liberación. El rito de la cena del Señor fué dado para conmemorar la gran liberación obrada como resultado de la muerte de Cristo. Este rito ha de celebrarse hasta que él venga por segunda vez con poder y gloria. Es el medio por el cual ha de mantenerse fresco en nuestra mente el recuerdo de su gran obra en favor nuestro.

En ocasión de su liberación de Egipto, los hijos de Israel comieron la cena de Pascua de pie, con los lomos ceñidos, con el bordón en la mano, listos para el viaje. La manera en que celebraban este rito armonizaba con su condición; porque estaban por ser arrojados del país de Egipto, e iban a empezar un viaje penoso y difícil a través del desierto. Pero en el tiempo de Cristo, las condiciones



habían cambiado. Ya no estaban por ser arrojados de un país extraño, sino que moraban en su propia tierra. En armonía con el reposo que les había sido dado, el pueblo tomaba entonces la cena pascual en posición recostada. Se colocaban canapés en derredor de la mesa, y los huéspedes descansaban en ellos, apoyándose en el brazo izquierdo, y teniendo la mano derecha libre para manejar la comida. En esta posición, un huésped podía poner la cabeza sobre el pecho del que seguía en orden hacia arriba. Y los pies, hallándose al extremo exterior del canapé, podían ser lavados por uno que pasase en derredor de la parte exterior del círculo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 608, 609

El momento anhelado por Jesús había llegado y les hizo notar a los discípulos su emoción por poder participar de esta última reunión con ellos. Nunca más volvería a beber del fruto de la vida hasta cuando tuviera a los suyos en el reino de los cielos, cuando estuvieran libres ya del acoso del mal, así como del dolor, la muerte, la enfermedad y la tristeza.

Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios.

Lucas 22: 14-16

Junto con la tristeza propia de saber que tendría que enfrentar los momentos más duros de su existencia terrenal, estaba la preocupación por los que sus discípulos debían enfrentar cuando Él ya no estuviera en medio de ellos. Seguramente también le preocupaba los rasgos de carácter que aún no habían logrado superar y su persistente lucha por alcanzar los primeros lugares en un reino del cual no habían comprendido su naturaleza.

Mientras estaban reunidos en derredor de la mesa, dijo en tono de conmovedora tristeza: “En gran manera he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca; porque os digo que no comeré más de ella, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y tomando el vaso, habiendo dado gracias, dijo: Tomad esto, y partidlo entre vosotros; porque os digo, que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga”.

Cristo sabía que para él había llegado el tiempo de partir del mundo e ir a su Padre. Y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Estaba ahora en la misma sombra de la cruz, y el dolor torturaba su corazón. Sabía que sería abandonado en la hora de su entrega. Sabía que se le daría muerte por el más humillante procedimiento aplicado a los criminales. Conocía la ingratitud y crueldad de aquellos a quienes había venido a salvar. Sabía cuán grande era el sacrificio que debía hacer, y para cuántos sería en vano. Sabiendo todo lo que le esperaba, habría sido natural que estuviese abrumado por el pensamiento de su propia humillación y sufrimiento. Pero miraba como suyos a los doce que habían estado con él y que, pasados el oprobio, el pesar y los malos tratos que iba a soportar, habían de quedar a luchar en el mundo. Sus pensamientos acerca de lo que él mismo debía sufrir estaban siempre relacionados con sus discípulos. No pensaba en sí mismo. Su cuidado por ellos era lo que predominaba en su ánimo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 598, 599

En este momento anhelado por Jesús debía lograr que ellos estuvieran preparados para afrontar la lucha del resto de sus vidas, debía capacitarlos y dejar un recuerdo indeleble en sus corazones. Pienso que lo mismo deseaba para ti y para mí.

6.3. Un rito sagrado y conmemorativo

A pesar de los esfuerzos de Jesús me temo que algunos aún no comprendemos los motivos para implantar este rito. Podría haber personas que no comprenden la santidad del rito y pudieran comportarse de una manera inadecuada frente a él. Pablo denunciaba que en Corinto algunos hacían de la cena una oportunidad de comer sin entender el trasfondo espiritual del rito. Hace notar además que quienes llegaban al rito no habían sido capaces de dejar atrás las disensiones y diferencias que había entre ellos, participando de manera externa del rito, pero sin un efecto espiritual en sus vidas.

Pero al anunciaros esto que sigue, no os alabo; porque no os congregáis para lo mejor, sino para lo peor. Pues en primer lugar, cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros divisiones; y en parte lo creo. Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados. Cuando, pues, os reunís vosotros, esto no es comer la cena del Señor. Porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y uno tiene hambre, y otro se embriaga. Pues qué, ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen nada? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo.

1 Corintios 11: 17-22

La cena debería ser un medio para anunciar a todos que la muerte de Cristo es nuestro derecho a la salvación, que su muerte me abrió las posibilidades a la vida eterna, una vida que el Señor nos dará



cuando venga por segunda vez. Por lo tanto, el respeto a este sagrado rito no debe ser nunca sobrestimado. Nos presentamos ante el Señor para ser limpiados y para recordar que por la misericordiosa acción de entregar a Su Hijo puedo ser salvo.

Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.

1 Corintios 11: 26

Nuestro Señor dice: Bajo la convicción del pecado, recordad que yo morí por vosotros. Cuando seáis oprimidos, perseguidos y afligidos por mi causa y la del Evangelio, recordad mi amor, el cual fué tan grande que di mi vida por vosotros. Cuando vuestros deberes parezcan austeros y severos, y vuestras cargas demasiado pesadas, recordad que por vuestra causa soporté la cruz, menospreciando la vergüenza. Cuando vuestro corazón se atemoriza ante la penosa prueba, recordad que vuestro Redentor vive para interceder por vosotros.

El rito de la comunión señala la segunda venida de Cristo. Estaba destinado a mantener esta esperanza viva en la mente de los discípulos. En cualquier oportunidad en que se reuniesen para conmemorar su muerte, relataban cómo él “tomando el vaso, y hechas gracias, les dio, diciendo: bebed de él todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados. Y os digo, que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día, cuando lo tengo de beber nuevo con vosotros en el reino de mi Padre”. En su tribulación, hallaban consuelo en la esperanza del regreso de su Señor. Les era indeciblemente precioso el pensamiento: “Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga”.

Estas son las cosas que nunca hemos de olvidar. El amor de Jesús, con su poder constrictivo, ha de mantenerse fresco en nuestra memoria. Cristo instituyó este rito para que hablase a nuestros sentidos del amor de Dios expresado en nuestro favor. No puede haber unión entre nuestras almas y Dios excepto por Cristo. La unión y el amor entre hermanos deben ser cimentados y hechos eternos por el amor de Jesús. Y nada menos que la muerte de Cristo podía hacer eficaz para nosotros este amor. Es únicamente por causa de su muerte por lo que nosotros podemos considerar con gozo su segunda venida. Su sacrificio es el centro de nuestra esperanza. En él debemos fijar nuestra fe.

Demasiado a menudo los ritos que señalan la humillación y los padecimientos de nuestro Señor son considerados como una forma. Fueron instituidos con un propósito. Nuestros sentidos necesitan ser vivificados para comprender el misterio de la piedad. Es patrimonio de todos comprender mucho mejor de lo que los comprendemos los sufrimientos expiatorios de Cristo. “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto”, así el Hijo de Dios fué levantado, “para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna”. Debemos mirar la cruz del Calvario, que sostiene a su Salvador moribundo. Nuestros intereses eternos exigen que manifestemos fe en Cristo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 614, 615

Pablo señala por lo tanto que el que se acerca a la mesa del Señor debe conocer el significado del rito, debe entender que significa participar en él y debe comportarse de manera que honre al Señor, a Jehová de los Ejércitos ante cuya presencia se encuentra. Podríamos ser sujetos del juicio divino si confundimos la mesa del Señor con la mesa común, o si hacemos que los emblemas de los que participamos solo una porción de alimento a ingerir.

De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.

1 Corintios 11: 27-29

Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros. Si alguno tuviere hambre, coma en su casa, para que no os reunáis para juicio. Las demás cosas las pondré en orden cuando yo fuere.

1 Corintios 11: 33, 34

Entendido esto, no debemos tampoco, al comprender mal el propósito del rito, pensar que debemos restringirnos de participar por nuestra condición espiritual. Quisiera que note que Pablo no dice que debemos ser sin pecado para participar de la cena. Debemos, dice, “discernir el cuerpo del Señor” sabiendo qué significado tiene para nosotros participar de él. Me he encontrado con hermanos que en algunos casos se abstienen de participar en la cena porque piensan que deben mejorar para participar. No es así...

Si analizamos la situación espiritual de los discípulos, que incluso en el lugar de reunión tuvieron “entre ellos una contienda, quién de ellos parecía ser el mayor” y pensaban que debían luchar con sus



hermanos por la mejor posición, veremos esto con claridad. Entre ellos estaba el traidor a quién Jesús no desechó sino que le lavó los pies con el mismo amor que por sus otros discípulos. Estaba allí Pedro al que reprendería luego por tratar de impedir que Cristo muriese en la cruz, al defenderlo en la detención en Getsemaní. Al menos dos de ellos estaban dispuestos a blandir la espada, como señala Lucas, para defender a su Maestro. Ellos estaban en una condición como la nuestra, pecadores que aman a Jesús, que desean ser limpiados y cambiados, que anhelan poder para poder enfrentar exitosamente la tentación. No es mi condición espiritual caída una razón para no participar, es por el contrario, la razón para hacerlo. Síganme, por favor, al siguiente acápite.

6.4. El rito de humildad

Muchas veces desde que habían sido nombrados como apóstoles, y aún antes, los discípulos habían disimulado poco sus ansias de alcanzar el primer lugar. Alguna vez la madre de uno de ellos había intentado influir en el Señor en esta lucha por el poder. Esta actitud le dolía mucho a Jesús, pues demostraba que aún no habían entendido la espiritualidad del reino, y que en sus corazones aún no se había afirmado el concepto de la grandeza del servicio.

Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.

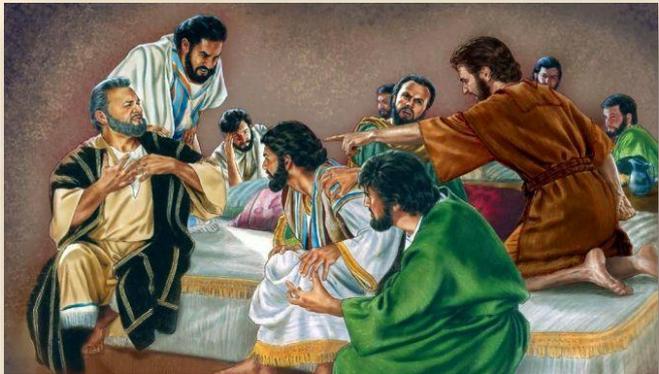
Lucas 22: 24-27

Pero debe haber sido especialmente doloroso para Jesús notar que aún allí, en la cena, el mismo espíritu de soberbia, altanería y ambición levantaba su deforme cabeza.

“Hubo entre ellos una contienda, quién de ellos parecía ser el mayor”. Esta contienda, continuada en presencia de Cristo, le apenaba y hería. Los discípulos se aferraban a su idea favorita de que Cristo iba a hacer valer su poder y ocupar su puesto en el trono de David. Y en su corazón, cada uno anhelaba tener el más alto puesto en el

reino. Se habían avalorado a sí mismos y unos a otros, y en vez de considerar más dignos a sus hermanos, cada uno se había puesto en primer lugar. La petición de Juan y Santiago de sentarse a la derecha y a la izquierda del trono de Cristo, había excitado la indignación de los demás. El que los dos hermanos se atreviesen a pedir el puesto más alto, airaba tanto a los diez que el enajenamiento amenazaba penetrar entre ellos. Consideraban que se los había juzgado mal, y que su fidelidad y talentos no eran apreciados. Judas era el más severo con Santiago y Juan.

Cuando los discípulos entraron en el aposento alto, sus corazones estaban llenos de resentimiento. Judas se mantenía al lado de Cristo, a la izquierda; Juan estaba a la derecha. Si había un puesto más alto que los otros, Judas estaba resuelto a obtenerlo, y se pensaba que este puesto era al lado de Cristo. Y Judas era traidor.



Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 599, 600

No era la primera vez que Jesús debía intervenir por esta razón. En una ocasión, camino a Capernaum, el grueso de los discípulos se había retrasado por el camino para que Jesús no les escuchara discutir sobre el tema. Pero estos asuntos no escapaban al ojo observador del Maestro. Aunque cuando se les preguntó sobre esto “ellos callaron”, Jesús les mostró que la verdadera grandeza se alcanzaba por el servicio desinteresado a otros.

Y llegó a Capernaum; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor. Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos.

Marcos 9: 33-35

Después de la maravillosa curación del joven endemoniado, ocurrida luego de la transfiguración, la lucha por el poder y las agrias discusiones aparecieron una vez más. Jesús tomó a un niño y poniéndolo



en medio les dijo que deberían ser humildes como ese pequeño. La humildad, la sencillez, la absoluta confianza de un pequeño en su padre hacía de esta comparación una lección adecuada de nuestra relación con el Señor. El reino de los cielos tiene una forma de medición de la grandeza que contrasta con los principios del mundo. Generalmente el más grande es servido y recibe todos los honores, no ocurre así en la visión celestial de la grandeza. Así será también en la iglesia, el pastor y los ancianos son los siervos principales, cuanto más grande quiera usted ser más deberá servir.

Entonces entraron en discusión sobre quién de ellos sería el mayor. Y Jesús, percibiendo los pensamientos de sus corazones, tomó a un niño y lo puso junto a sí, y les dijo: Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande.

Lucas 9: 46-48

Tan importante era para los discípulos el primer lugar, que lo habrían discutido en sus casas con sus familiares. Esto explica el momento en que la madre de Juan y Jacobo, los hijos de Zebedeo, pidió para sus hijos los principales lugares del reino de Jesús. Un asunto que no pasó desapercibido para los otros diez que **“se enojaron contra los dos hermanos”**.

Me imagino a la madre (para una madre casi, casi siempre sus hijos son los mejores) ponderando las cualidades de sus hijos para recomendar para ellos el lugar que deberían ocupar los ladrones en la cruz. No tenía en realidad idea de lo que estaba pidiendo. Por eso el Maestro les dijo: **“No sabéis lo que pedís”**. Claro... ellos pensaban que sí lo sabían.

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Él les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre. Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos.

Mateo 20: 20-24

Juan, hijo de Zebedeo, había sido uno de los dos primeros discípulos que siguieran a Jesús. El y su hermano Santiago habían estado entre el primer grupo que había dejado todo por servirle. Alegremente habían abandonado su familia y sus amigos para poder estar con él; habían caminado y conversado con él; habían estado con él en el retiro del hogar y en las asambleas públicas. Él había quietado sus temores, aliviado sus sufrimientos y confortado sus pesares, los había librado de peligros y con paciencia y ternura les había enseñado, hasta que sus corazones parecían unidos al suyo, y en su ardor y amor anhelaban estar más cerca de él que nadie en su reino. En toda oportunidad posible, Juan se situaba junto al Salvador, y Santiago anhelaba ser honrado con una estrecha relación con él.

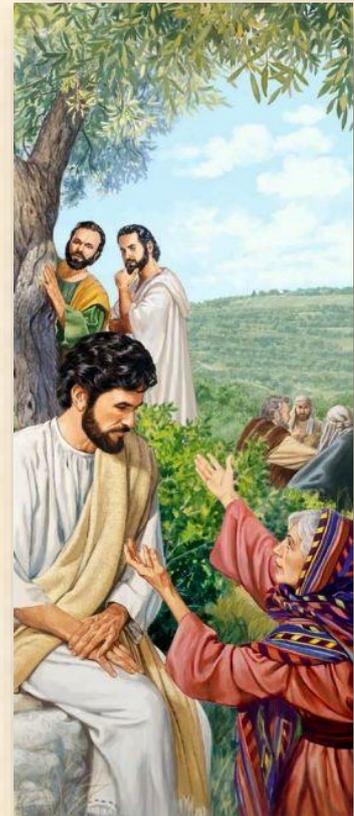
La madre de ellos era discípula de Cristo y le había servido generosamente con sus recursos. Con el amor y la ambición de una madre por sus hijos, codiciaba para ellos el lugar más honrado en el nuevo reino. Por esto, los animó a hacer una petición.

La madre y sus hijos vinieron a Jesús para pedirle que les otorgara algo que anhelaban en su corazón.

“¿Qué queréis que os haga?” preguntó él.

La madre pidió: **“Di que se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu mano derecha, y el otro a tu izquierda, en tu reino”**.

Jesús los trató con ternura y no censuró su egoísmo por buscar preferencia sobre sus hermanos. Leía sus corazones y conocía la profundidad de su cariño hacia él. El amor de ellos no era un afecto meramente humano; aunque fluía a través de la terrenidad de sus conductos humanos,





era una emanación de la fuente de su propio amor redentor. Él no lo criticó, sino que lo ahondó y purificó. Dijo: “¿Podéis beber el vaso que yo he de beber, y ser bautizados del bautismo de que yo soy bautizado?” Ellos recordaron sus misteriosas palabras, que señalaban la prueba y el sufrimiento, pero contestaron confiadamente: “Podemos”. Consideraban que sería el más alto honor demostrar su lealtad compartiendo todo lo que aconteciera a su Señor.

“A la verdad mi vaso beberéis, y del bautismo de que yo soy bautizado, seréis bautizados”, dijo él. Delante de él, había una cruz en vez de un trono, y por compañeros suyos, a su derecha y a su izquierda, dos malhechores. Juan y Santiago tuvieron que participar de los sufrimientos con su Maestro; uno fué el primero de los hermanos que pereció a espada; el otro, el que por más tiempo hubo de soportar trabajos, vituperio y persecución.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 501-503

Esta pugna por el poder hacía que los discípulos no fueran capaces de evaluar favorablemente las cualidades de sus compañeros, pues se interesaban más en las deficiencias que les ayudarían a superarlos. Lo mismo puede ocurrir en la iglesia. Allí debemos fijarnos más en las cualidades a imitar que en los defectos a eludir. Debiéramos esforzarnos para dar el lugar preferente al otro, así como en reconocer las cualidades y ponderar las virtudes de quienes se encuentran con nosotros en el camino a la patria celestial.

Jesús, fiel a su deseo de formar el carácter de los discípulos hasta el fin, tendría una oportunidad de mostrar por el ejemplo la verdadera grandeza. Haría algo que ellos y nosotros nunca olvidaríamos. Normalmente, al llegar a algún lugar, los visitantes eran recibidos por el dueño de casa que como una muestra de cortesía hacía que un siervo les lavara los pies. El llegar, transitando por aquellos caminos polvorientos, habría ensuciado los pies de sus visitantes. En ocasión de una cena, donde los comensales se recostaban sobre uno de sus codos (sobre taburetes o almohadas) cerca de una mesa baja, los pies quedaban hacia el exterior y un siervo que pasaba por fuera lavaba los pies de los concurrentes.

Parece que algunos de los organizadores habían pasado por alto este servicio, pues no había nadie que lo realizara. Imagino a los discípulos codeándose o señalándose unos a otros para tomar la condición del siervo. Su sorpresa sería muy grande cuando vieron que el Maestro se incorporaba y con sobriedad se quitaba su manto, se ceñía una toalla y tomaba agua en un lebrillo para lavar los pies de sus discípulos.

Lo habrán seguido atónitos con la vista mientras se ponía en pie y empezaba a prepararse para dar el mayor ejemplo de humildad que el mundo podría presenciar. El Creador se pondría pronto de rodillas para lavar los polvorientos pies a sus pecaminosas criaturas.



Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñió.

Juan 13: 2-4

Se había levantado otra causa de disensión. Era costumbre, en ocasión de una fiesta, que un criado lavase los pies de los huéspedes, y en esa ocasión se habían hecho preparativos para este servicio. La jarra, el lebrillo y la toalla estaban allí, listos para el lavamiento de los pies; pero no había siervo presente, y les tocaba a los discípulos cumplirlo. Pero cada uno de los discípulos, cediendo al orgullo herido, resolvió no desempeñar el papel de siervo. Todos manifestaban una despreocupación estoica, al parecer, inconscientes de que les tocaba hacer algo. Por su silencio, se negaban a humillarse.

¿Cómo iba Cristo a llevar a estas pobres almas adonde Satanás no pudiese ganar sobre ellas una victoria decisiva? ¿Cómo podría mostrarles que el mero profesar ser discípulos no los hacía discípulos, ni les aseguraba un lugar en su reino? ¿Cómo podría mostrarles que es el servicio amante y la verdadera humildad lo que constituye la verdadera grandeza? ¿Cómo habría de encender el amor en su corazón y habilitarlos para entender lo que anhelaba explicarles?

Los discípulos no hacían ningún ademán de servirse unos a otros. Jesús aguardó un rato para ver lo que iban a hacer. Luego él, el Maestro divino, se levantó de la mesa.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 600

Imagino que se habrá hecho un gran silencio mientras Jesús se proveía de un lebrillo, el agua y la toalla para empezar su labor. Tal vez alguno habría sentido el impulso de ponerse de pie y reemplazar al



Maestro pero su deseo de supremacía le habría hecho suponer que perdería algo de su derecho a los primeros lugares. Todos permanecían en silencio sin comprender lo que iba a pasar. Tal vez algún otro esperaba que Jesús ordenase a alguno de ellos que continuara con la labor de siervo que Él pareciera haber asumido. Pero no... el Maestro haría que todos recordaran para siempre esa reunión en el aposento alto. Su mensaje práctico iba a quedar grabado en sus mentes para siempre... y ellos debían transmitirlo a las generaciones siguientes.

Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido.

Juan 13: 5

Con sorprendido interés, los discípulos miraban, y en silencio esperaban para ver lo que iba a seguir. "Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido". Esta acción abrió los ojos de los discípulos. Amarga vergüenza y humillación llenaron su corazón. Comprendieron el mudo reproche, y se vieron desde un punto de vista completamente nuevo.

Así expresó Cristo su amor por sus discípulos. El espíritu egoísta de ellos le llenó de tristeza, pero no entró en controversia con ellos acerca de la dificultad. En vez de eso, les dio un ejemplo que nunca olvidarían. Su amor hacia ellos no se perturbaba ni se apagaba fácilmente. Sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que él provenía de Dios e iba a Dios. Tenía plena conciencia de su divinidad; pero había puesto a un lado su corona y vestiduras reales, y había tomado forma de siervo. Uno de los últimos actos de su vida en la tierra consistió en ceñirse como siervo y cumplir la tarea de un siervo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 600, 601

El Señor retornó al punto del cual había salido, tenía a Juan el discípulo amado, a un lado y a Judas, al que sabía que lo traicionaría, al otro. Decidió empezar por el traidor... y dejar al discípulo más cercano a su corazón al final. ¡Lección poderosa!

Judas, al elegir su puesto en la mesa, había tratado de colocarse en primer lugar, y Cristo, como siervo, le sirvió a él primero. Juan, hacia quien Judas había tenido tan amargos sentimientos, fué dejado hasta lo último. Pero Juan no lo consideró como una reprensión o desprecio. Mientras los discípulos observaban la acción de Cristo, se sentían muy conmovidos.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 602

Puedo imaginar los pensamientos de Judas en aquel momento, sabía que Jesús había leído los torvos propósitos de su corazón como en un libro abierto, y ahora su corazón parecía subyugado por el ejemplo maravilloso del Maestro, su humildad, su invitación al arrepentimiento... pero una vez más sus pensamientos se dirigieron hacia sus preconceptos sobre Jesús, pensó que quien se humillaba así no podría ser el rey al que él pensaba servir. La invitación amorosa de Jesús cayó en saco roto y Judas se decidió allí a consumir la traición. Pocos minutos después partiría rumbo a su triste final...

Aunque Jesús conocía a Judas desde el principio, le lavó los pies. Y el traidor tuvo ocasión de unirse con Cristo en la participación del sacramento. Un Salvador longánime ofreció al pecador todo incentivo para recibirle, para arrepentirse y ser limpiado de la contaminación del pecado. Este ejemplo es para nosotros. Cuando suponemos que alguno está en error y pecado, no debemos separarnos de él. No debemos dejarle presa de la tentación por algún apartamiento negligente, ni impulsarle al terreno de batalla de Satanás. Tal no es el método de Cristo. Porque los discípulos estaban sujetos a yerros y defectos, Cristo lavó sus pies, y todos menos uno de los doce fueron traídos al arrepentimiento.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 612

En ocasión de la cena de Pascua, Jesús demostró su divinidad revelando el propósito del traidor. Incluyó tiernamente a Judas en el servicio hecho a los discípulos. Pero no fué oída su última súplica de amor. Entonces el caso de Judas fué decidido, y los pies que Jesús había lavado salieron para consumir la traición.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 667

Jesús fue uno tras otro lavando los pies de sus sorprendidos, humillados y enternecidos discípulos. Ninguno osaba decir nada frente al sublime espectáculo de ver como las manos amorosas y cuidadosas del Maestro realizaban su labor... hasta que llegó a Pedro. Pedro es uno de mis personajes favoritos, tal vez el que mayor simpatía me genera. Me encanta su espontaneidad, su deseo de siempre ser el primero en responder, su franqueza y sobretodo su quebrantamiento frente a una llamada de atención o la comprensión de su error.

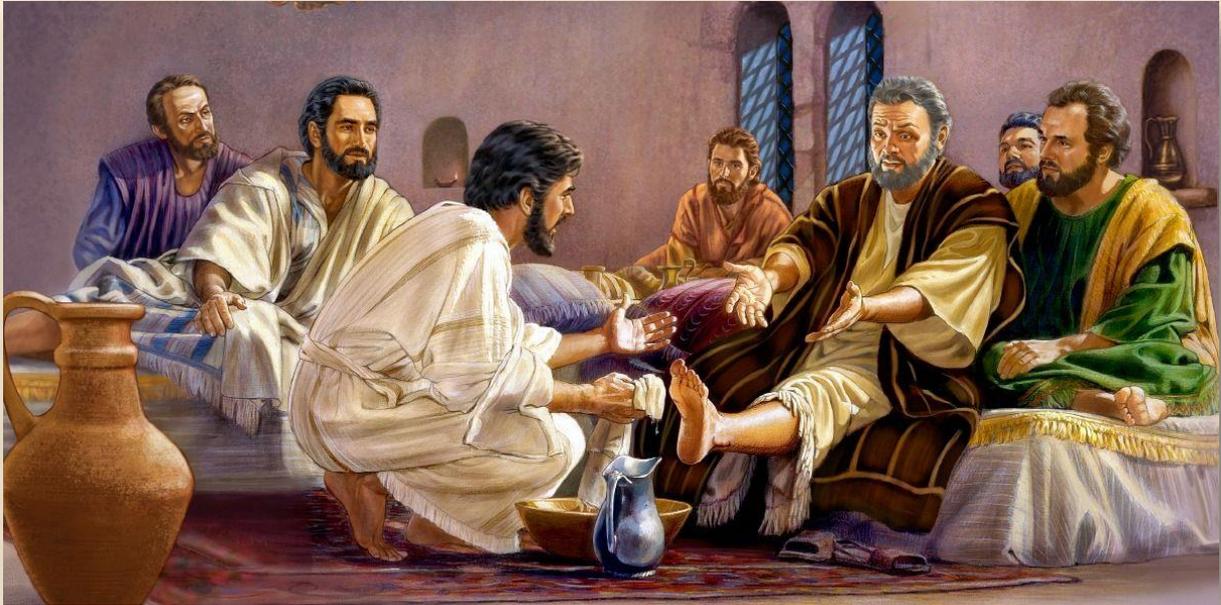
Pedro se sintió avergonzado, tal vez como todos, que Jesús lavara sus pies. Tal vez todos lo sintieron pero él lo dijo. No podía soportar la vergüenza que el Rey de reyes, el Cristo, El Hijo del Dios Viviente, se



postrara ante él para lavarle los pies y protestó. Se habrá acusado a sí mismo de no haber tomado él la iniciativa para hacer lo que Jesús ahora hacía, o de algo parecido, pienso que sus pensamientos habrán estado confusos como estarían los míos en una situación similar.

Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.

Juan 13: 6, 7



Por ahora dejaré el diálogo entre Pedro y Jesús allí. Comentaré más en el siguiente acápite, pues este intercambio de palabras posee una gran profundidad y amerita que lo revisemos más ampliamente. Lo que era evidente era que había un mensaje para todos ellos en esa tarea que había emprendido Jesús en el aposento alto. Ellos lo entenderían luego... no mucho después.

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.

Juan 13: 12-17

Al finalizar su tarea el Señor tomó su lugar en la cena. Les hizo comprender que había instituido un rito que debían repetir entre ellos, entre los hermanos. Les demostró por el ejemplo que la humildad va por delante de la arrogancia, que servir es más elevado que ser servido. Que el lugar más elevado del reino de los cielos era para el que quisiera ser siervo de todos. Había instituido la primera parte del rito de la Cena del Señor, cuyo significado los discípulos comprenderían con el tiempo.

6.5. Complemento del bautismo

En el rito de lavamiento de pies que Jesús acababa de instituir había más que el hecho de la humildad demostrada por el que lava, había un efecto sobre el que era lavado. La mayoría de nosotros cuando hemos observado el rito nos quedamos con la tarea del que lava y por eso le llamamos el rito de humildad, virtud que parece ser demostrada por la participación activa del que lava. Pero el rito iba más allá, la actitud pasiva del que era lavado era también importante, en realidad es mucho más importante. Por eso es que cuando Pedro se negó a ser lavado, es evidente que él percibía el asunto en función de Aquél que estaba lavando y no de aquél que era lavado. Parece un tralenguas, pero no lo es...

Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.

Juan 13: 6, 7

Cuando llegó el turno de Pedro, éste exclamó con asombro: "¿Señor, tú me lavas los pies?" La condescendencia de Cristo quebrantó su corazón. Se sintió lleno de vergüenza al pensar que ninguno de los discípulos cumplía este servicio. "Lo que yo hago, dijo Cristo, tú no entiendes ahora;



mas lo entenderás después”. Pedro no podía soportar el ver a su Señor, a quien creía ser Hijo de Dios, desempeñar un papel de siervo. Toda su alma se rebelaba contra esta humillación. No comprendía que para esto había venido Cristo al mundo. Con gran énfasis, exclamó: “¡No me lavarás los pies jamás!”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 602

Jesús podría haber respondido que en realidad Él estaba cumpliendo con lo que se había propuesto, es decir mostrar su humildad, su amor por ellos, su deseo de servir a sus amados amigos y podría haber dejado sin lavar los pies de Pedro. Lo importante no era que Jesús había lavado los pies, lo importante era que Pedro se quedaría sin ser lavado. Le dijo a Pedro que él no estaba entendiendo pero que lo haría luego. La respuesta de Pedro demuestra que no comprendía. Se negó de plano a ser lavado.

Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.

Juan 13: 8, 9

Cuando Jesús con firmeza y solemnidad le dijo que si no lo lavaba no tendría parte con Él, recién Pedro se dio cuenta que el rito no era tan importante para el que lavaba como para el que era lavado. Le dijo entonces el discípulo que si era así le lavara no sólo los “pies, sino también las manos y la cabeza”. Me encanta la suavidad del corazón de Pedro. No, Señor, si es que es así haz lo que quieras conmigo, lávame todo, yo no me puedo perder ser parte de ti, es lo que más deseo en la vida. Su corazón se derritió frente a Jesús y pienso que las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos. Pero, solamente era necesario lavar los pies, solamente los pies...

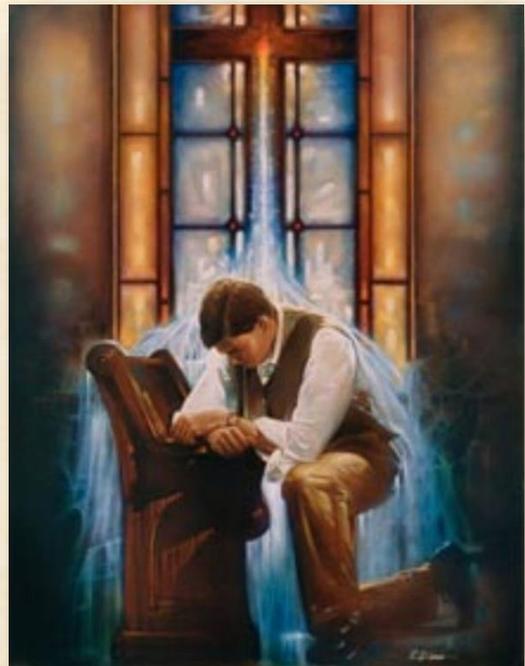
Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.

Juan 13: 10, 11

Solemnemente, Cristo dijo a Pedro: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”. El servicio que Pedro rechazaba era figura de una purificación superior. Cristo había venido para lavar el corazón de la mancha del pecado. Al negarse a permitir a Cristo que le lavase los pies, Pedro rehusaba la purificación superior incluida en la inferior. Estaba realmente rechazando a su Señor. No es humillante para el Maestro que le dejemos obrar nuestra purificación. La verdadera humildad consiste en recibir con corazón agradecido cualquier provisión hecha en nuestro favor, y en prestar servicio para Cristo con fervor.

Al oír las palabras, “si no te lavare, no tendrás parte conmigo”, Pedro renunció a su orgullo y voluntad propia. No podía soportar el pensamiento de estar separado de Cristo; habría significado la muerte para él. “No sólo mis pies, dijo, mas aun las manos y la cabeza. Dícele Jesús: El que está lavado, no necesita sino que lave los pies, mas está todo limpio”.

Estas palabras significaban más que la limpieza corporal. Cristo estaba hablando todavía de la purificación superior ilustrada por la inferior. El que salía del baño, estaba limpio, pero los pies calzados de sandalias se cubrían pronto de polvo, y volvían a necesitar que se los lavase. Así también Pedro y sus hermanos habían sido lavados en la gran fuente abierta para el pecado y la impureza. Cristo los reconocía como suyos. Pero la tentación los había inducido al mal, y necesitaban todavía su gracia purificadora. Cuando Jesús se ciñó con una toalla para lavar el polvo de sus pies, deseó por este mismo acto lavar el enajenamiento, los celos y el orgullo de sus corazones. Esto era mucho más importante que lavar sus polvorientos pies. Con el espíritu que entonces manifestaban, ninguno de ellos estaba preparado para tener comunión con Cristo. Hasta que fuesen puestos en un estado de humildad y amor, no estaban preparados para participar en la cena pascual, o del servicio recordativo que Cristo estaba por instituir. Sus corazones debían ser limpiados. El orgullo y el egoísmo crean disensión y odio, pero Jesús se los quitó al lavarles los pies. Se realizó un cambio en sus sentimientos. Mirándolos,





Jesús pudo decir: **“Vosotros limpios estáis”**. Ahora sus corazones estaban unidos por el amor mutuo. Habían llegado a ser humildes y a estar dispuestos a ser enseñados. Excepto Judas, cada uno estaba listo para conceder a otro el lugar más elevado. Ahora, con corazones subyugados y agradecidos, podían recibir las palabras de Cristo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 602, 603

La limpieza de la que hablaba Jesús no era la del polvo del camino, no era para proveer frescor al cansado caminante, ni era una muestra de cordialidad u hospitalidad, era un medio para limpiar al que ya había sido limpiado. Para el que ha sido bautizado, para aquél cuyos pecados han sido limpiados por la sangre de Jesús, el caminar por este mundo tiende a ensuciar nuestros pies, arrastrados muchas veces por el pecado, y debe ser provista una forma regular de limpieza del pecado. Por eso, el llamado rito de humildad debía ser llamado el rito de purificación o de limpieza, para que entendamos que más importante que lavar a otros, que también es trascendental, es ser limpiados.

Como Pedro y sus hermanos, nosotros también hemos sido lavados en la sangre de Cristo, y sin embargo la pureza del corazón queda con frecuencia contaminada por el contacto con el mal. Debemos ir a Cristo para obtener su gracia purificadora. Pedro rehuía el poner sus pies contaminados en contacto con las manos de su Señor y Maestro; pero ¡con cuánta frecuencia ponemos en contacto con el corazón de Cristo nuestros corazones pecaminosos y contaminados! ¡Cuán penosos le resultan nuestro mal genio, nuestra vanidad y nuestro orgullo! Sin embargo, debemos llevarle todas nuestras flaquezas y contaminación. Él es el único que puede lavarnos. No estamos preparados para la comunión con él a menos que seamos limpiados por su eficacia.

Jesús dijo a los discípulos: **“Vosotros limpios estáis, aunque no todos”**. Él había lavado los pies de Judas, pero éste no le había entregado su corazón. Este no fué purificado. Judas no se había sometido a Cristo.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 603

Al participar en el rito no estoy haciéndolo para mostrar que puedo ser lo suficientemente humilde como para lavar los pies de mi hermano, estoy haciéndolo para mostrar que soy un pecador que necesita ser limpiado. Es la parte pasiva del rito la más importante de las dos. Pero ¡cuidado!... Judas participó pasivamente en el rito pero no quedó limpio. No es el mecanismo, la actividad en sí, ni el agua, ni la toalla, ni nada lo que hace efectivo el rito, sino la actitud del corazón del que es lavado. Judas perdió su oportunidad... no la pierda usted la próxima vez que sea invitado a participar de la cena. Una vez más, no es el rito, es la actitud del que se somete a Quien puede limpiarlo.

6.6. La cena

Aún estaban los corazones de los discípulos latiendo con lo que habían presenciado cuando el Maestro les mostró que debían pasar a la segunda parte del rito. Atrás quedaba la limpieza de lo alto representada por el lavamiento de pies, debían ahora alimentarse simbólicamente del cuerpo y la sangre del Redentor. La actitud de contrición y tristeza por el pecado que había generado el primer rito quedaba atrás. El gozo de haber sido limpiados debía llenar los corazones en esta segunda parte de la cena. Frente a Jesús estaban los símbolos, los emblemas que serían utilizados para anunciar el sacrificio de Jesús hasta que Él vuelva.

Cristo estaba todavía a la mesa en la cual se había servido la cena pascual. Delante de él estaban los panes sin levadura que se usaban en ocasión de la Pascua. El vino de la Pascua, exento de toda fermentación, estaba sobre la mesa. Estos emblemas empleó Cristo para representar su propio sacrificio sin mácula. Nada que fuese corrompido por la fermentación, símbolo de pecado y muerte, podía representar al **“Cordero sin mancha y sin contaminación”**.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 609

Jesús utilizó los sencillos símbolos del pan y el vino, el pan ázimo (sin levadura) característico de la Pascua y el zumo de uva, sin fermento, para representar su cuerpo y sangre sin mancha alguna de pecado. Su cuerpo que sería entregado a la muerte por nuestras culpas y su sangre que debería convertirse en manantial para purificar nuestras inmundicias, serían representados por estos sencillos emblemas, generalmente presentes en la mesa de los judíos. Así como el cuerpo requiere ser alimentado y sostenido por las sencillas viandas que Dios estableció, así también debemos ser alimentados espiritualmente para crecer en la gracia de Dios.

Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.

1 Corintios 11: 23, 24

Cuando los discípulos en el futuro cercano enseñaran a la gente acerca de la cena, todos debían entender que el ser humano requiere ser alimentado espiritualmente por la vida de Jesús, su ejemplo, su



vida sin pecado, su sacrificio, sus enseñanzas; todo esto debería ser el alimento diario del alma. El conocer su Palabra, entender su propósito para nuestras vidas debía ser el alimento diario para fortalecer el espíritu. Al mismo tiempo, al repetir el rito de la cena debíamos recordar a Jesús, hacer de cada uno de estos sagrados eventos un memorial de su vida, pasión y muerte, pero también de su resurrección y su ascensión a los cielos, en los que ha reasumido su condición divina. Debíamos desde entonces anunciar al mundo que tenemos un Salvador que entregó su cuerpo por mí, por ti, por todos los que quieran alimentarse de Él. Su cuerpo ha sido entregado al sacrificio por nosotros, por nosotros ha sido “**dado**”.

Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí.

Lucas 22: 19

Así como Jesús pidió la bendición del pan antes de partirlo, así también nos enseñó a hacerlo con el vino. Debía ser compartido luego de haber pedido la bendición de Dios sobre él. Tal como hacemos con el alimento natural el alimento espiritual también debe ser recibido con la bendición de Dios sobre él.

Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartiadlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga.

Lucas 22: 17, 18

Jesús prometió que no bebería “**del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga**” por lo que Él está esperando para hacerlo con nosotros en el reino de los cielos. Ya deseo estar allí. Jesús señaló también que esta copa, la que representa su sangre es un nuevo pacto basado en el sacrificio ya cumplido en el calvario. Podemos anunciar al mundo que Dios cumplió con su parte del trato, entregó a la Majestad del Cielo para que muriera por mis pecados, ahora soy yo el que debe cumplir mi parte del pacto para ser salvo.

Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí.

1 Corintios 11: 25

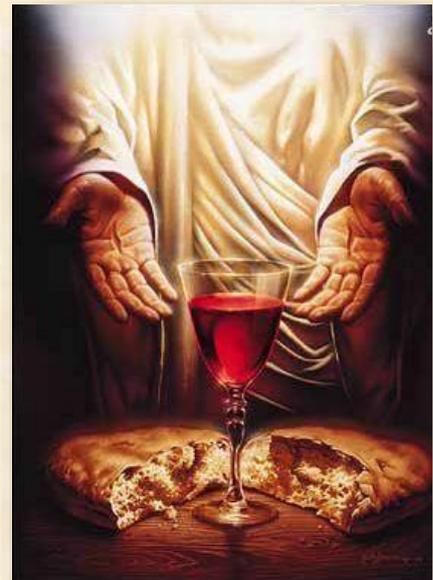
Cuando hablamos del sacrificio de Jesús es difícil no relacionarlo con el sufrimiento infligido al Hijo de Dios, las humillaciones del juicio, los terribles maltratos antes de la crucifixión y la dolorosa muerte de cruz. Pero no es en eso en que debe espaciarse nuestra mente sino en la victoria de Cristo en la cruz, su triunfo me da oportunidad de vivir. Durante la cena, las escenas de la pasión deben ser iluminadas por el gozo del perdón, la proclamación feliz que mi Redentor vive y pronto regresará por mí. La cena no debe ser una ocasión de tristeza sino de triunfo. La sombra de la cruz debe resplandecer con la luz de la salvación alcanzada.

De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.

Lucas 22: 20

Al participar con sus discípulos del pan y del vino, Cristo se comprometió como su Redentor. Les confió el nuevo pacto, por medio del cual todos los que le reciben llegan a ser hijos de Dios, coherederos con Cristo. Por este pacto, venía a ser suya toda bendición que el cielo podía conceder para esta vida y la venidera. Este pacto había de ser ratificado por la sangre de Cristo. La administración del sacramento había de recordar a los discípulos el sacrificio infinito hecho por cada uno de ellos como parte del gran conjunto de la humanidad caída.

Pero el servicio de la comunión no había de ser una ocasión de tristeza. Tal no era su propósito. Mientras los discípulos del Señor se reúnen alrededor de su mesa, no han de recordar y lamentar sus faltas. No han de espaciarse en su experiencia religiosa pasada, haya sido ésta elevadora o deprimente. No han de recordar las divergencias existentes entre ellos y sus hermanos. El rito preparatorio ha abarcado todo esto. El examen propio, la confesión del pecado, la reconciliación de las divergencias, todo esto se ha hecho. Ahora han venido para encontrarse con Cristo. No han de permanecer en la sombra de la cruz, sino en su luz salvadora. Han de abrir el alma a los brillantes rayos del Sol de justicia. Con corazones





purificados por la preciosísima sangre de Cristo, en plena conciencia de su presencia, aunque invisible, han de oír sus palabras: “La paz os dejo, mi paz os doy: no como el mundo la da, yo os la doy”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 613, 614

Un aspecto importante de la cena es el significado de los emblemas y la perspectiva que Cristo nos dio sobre el hecho de alimentarnos de Él. Un concepto erróneo del catolicismo es que el participante del rito de comunión debe comer a Dios... con todo lo que ello implica en relación con la magnificencia de Dios y la insignificancia de la criatura. No se trata de alimentarnos de Dios en el sentido físico que plantea la teología romana (prometo tratar este tema más adelante en el material complementario) sino de alimentarnos espiritualmente de Él.

Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.

Juan 6: 48-51

La figura que Cristo empleó era familiar para los judíos. Moisés, por inspiración del Espíritu Santo, había dicho: “El hombre no vivirá de solo pan, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová”. Y el profeta Jeremías había escrito: “Halláronse tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fué por gozo y por alegría de mi corazón”. Los rabinos mismos solían decir que el comer pan, en su significado espiritual, era estudiar la ley y practicar las buenas obras; se decía a menudo que cuando viniese el Mesías, todo Israel sería alimentado. La enseñanza de los profetas aclaraba la profunda lección espiritual del milagro de los panes. Cristo trató de presentar esta lección a sus oyentes en la sinagoga. Si ellos hubiesen comprendido las Escrituras, habrían entendido sus palabras cuando dijo: “Yo soy el pan de vida”. Tan sólo el día antes, la gran multitud, hambrienta y cansada, había sido alimentada por el pan que él había dado. Así como de ese pan habían recibido fuerza física y refrigerio, podían recibir de Cristo fuerza espiritual para obtener la vida eterna. “El que a mí viene, dijo, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”. Pero añadió: “Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 349, 350

El Señor desea que su Palabra sea nuestro alimento diario y que la práctica de las virtudes cristianas sea el reflejo del cambio que su Palabra y la acción del Espíritu Santo logren en nuestra vida. Nuestra parte será unir nuestra débil voluntad al poder de Dios para lograrlo. Esta figura que Jesús utilizó al hablar del Pan de Vida no fue comprendida por quienes deseaban encontrar razones para no abandonar su vida actual. Jesús recalcó este concepto indicando que ellos deberían comer “la carne del Hijo del Hombre” y beber “su sangre” si querían tener vida. Lo que el Maestro presentaba era la necesidad permanente de alimentarnos de su vida, pasión y muerte, aceptar el sacrificio de Su cuerpo quebrantado y Su sangre derramada en la cruz para que nuestros pecados pudieran ser perdonados. La posibilidad de vida eterna depende de nuestra aceptación a este alimento diario.

Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.

Juan 6: 52-58

Al hablar con Cristo, la gente se había referido al maná que sus padres comieron en el desierto, como si al suministrar este alimento se hubiese realizado un milagro mayor que el que Jesús había hecho; pero él les demuestra cuán débil era este don comparado con las bendiciones que él había venido a otorgar. El maná podía sostener solamente esta existencia terrenal; no impedía la llegada de la muerte, ni aseguraba la inmortalidad; mientras que el pan del cielo alimentaría el alma para la vida eterna. El Salvador dijo: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y son muertos. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él comiere, no muera. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre”. Cristo añadió luego otra figura a ésta. Únicamente muriendo podía impartir vida a los hombres, y en las palabras que siguen señala su muerte como el medio de salvación. Dice: “El pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 352

Jesús remarcó que era su muerte en la cruz la que da a los hombres el derecho a una salvación que no merecemos. Es por aceptar la entrega de su carne y sangre como sacrificio como puedo alcanzar la



salvación, pues Él ha entregado su carne “por la vida del mundo”. Al participar de la cena nosotros mostramos ante el mundo que el sacrificio de Cristo lo hemos hecho nuestro. Participamos de los emblemas como un símbolo que somos alimentados permanentemente del medio que el proveyó para que seamos salvos. El respeto por los emblemas es por lo que ellos representen, no porque constituyan verdaderamente la carne y sangre del Hijo de Dios.

No son los hombres de hoy los que tuercen el claro significado de las Sagradas Escrituras, ocurría lo mismo entre aquellos que dentro de la audiencia que seguía a Jesús buscaban que otros fueran descaminados por su incredulidad.

Los judíos estaban por celebrar la Pascua en Jerusalén, en conmemoración de la noche en que Israel había sido librado, cuando el ángel destructor hirió los hogares de Egipto. En el cordero pascual, Dios deseaba que ellos viesen el Cordero de Dios, y que por este símbolo recibiesen a Aquel que se daba a sí mismo para la vida del mundo. Pero los judíos habían llegado a dar toda la importancia al símbolo, mientras que pasaban por alto su significado. No discernían el cuerpo del Señor. La misma verdad que estaba simbolizada en la ceremonia pascual, estaba enseñada en las palabras de Cristo. Pero no la discernían tampoco. Entonces los rabinos exclamaron airadamente: “¿Cómo puede éste darnos su carne a comer?” Afectaron comprender sus palabras en el mismo sentido literal que Nicodemo cuando preguntó: “¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo?” Hasta cierto punto comprendían lo que Jesús quería decir, pero no querían reconocerlo. Torciendo sus palabras, esperaban crear prejuicios contra él en la gente.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 352, 353

Las críticas de estos enemigos de Dios no amilanaron a Jesús. El hizo evidente el significado de sus palabras: “Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”. Jesús deseaba que comprendieran la importancia de una relación personal y diaria. Como requerimos del alimento para sostener nuestros cuerpos mortales, necesitamos el alimento espiritual para sostener nuestra vida espiritual, con la misma frecuencia, con el mismo interés en buscarlo, con un hambre que solamente puede ser saciado de esa manera.

Cristo no suavizó su representación simbólica. Reiteró la verdad con lenguaje aún más fuerte: “De cierto, de cierto os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”. Comer la carne y beber la sangre de Cristo es recibirle como Salvador personal, creyendo que perdona nuestros pecados, y que somos completos en él. Contemplando su amor, y espaciándonos en él, absorbiéndolo, es como llegamos a participar de su naturaleza. Lo que es el alimento para el cuerpo, debe serlo Cristo para el alma. El alimento no puede beneficiarnos a menos que lo comamos; a menos que llegue a ser parte de nuestro ser. Así también Cristo no tiene valor para nosotros si no le conocemos como Salvador personal. Un conocimiento teórico no nos beneficiará. Debemos alimentarnos de él, recibirle en el corazón, de tal manera que su vida llegue a ser nuestra vida. Debemos asimilarnos su amor y su gracia.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 353

Participando de la cena que el Señor instituyó damos testimonio de nuestra relación con Dios y la proclamaremos anunciando su próxima venida, tanto por la proclamación del mensaje como por vidas elevadas, restauradas por el poder de Dios en nosotros.

Nuestro Salvador dijo: “Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. ...Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”. Esto es verdad acerca de nuestra naturaleza física. A la muerte de Cristo debemos aún esta vida terrenal. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo, o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan. Está reflejada en cada manantial. Todo esto enseñó Cristo al designar los emblemas de su gran sacrificio. La luz que resplandece del rito de la comunión realizado en el aposento alto hace sagradas las provisiones de nuestra vida diaria. La despensa familiar viene a ser como la mesa del Señor, y cada comida un sacramento.

¡Y cuánto más ciertas son las palabras de Cristo en cuanto a nuestra naturaleza espiritual! El declara: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna”. Es recibiendo la vida derramada por nosotros en la cruz del Calvario como podemos vivir la vida santa. Y esta vida la recibimos recibiendo su Palabra, haciendo aquellas cosas que él ordenó. Así llegamos a ser uno con él. “El que come mi carne, dice él, y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre



viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí". Este pasaje se aplica en un sentido especial a la santa comunión. Mientras la fe contempla el gran sacrificio de nuestro Señor, el alma asimila la vida espiritual de Cristo. Y esa alma recibirá fuerza espiritual de cada comunión. El rito forma un eslabón viviente por el cual el creyente está ligado con Cristo, y así con el Padre. En un sentido especial, forma un vínculo entre Dios y los seres humanos que dependen de él.

Al recibir el pan y el vino que simbolizan el cuerpo quebrantado de Cristo y su sangre derramada, nos unimos imaginariamente a la escena de comunión del aposento alto. Parecemos pasar por el huerto consagrado por la agonía de Aquel que llevó los pecados del mundo. Presenciamos la lucha por la cual se obtuvo nuestra reconciliación con Dios. El Cristo crucificado es levantado entre nosotros.

Contemplando al Redentor crucificado, comprendemos más plenamente la magnitud y el significado del sacrificio hecho por la Majestad del cielo. El plan de salvación queda glorificado delante de nosotros, y el pensamiento del Calvario despierta emociones vivas y sagradas en nuestro corazón. Habrá alabanza a Dios y al Cordero en nuestro corazón y en nuestros labios; porque el orgullo y la adoración del yo no pueden florecer en el alma que mantiene frescas en su memoria las escenas del Calvario.

Los pensamientos del que contempla el amor sin par del Salvador, se elevarán, su corazón se purificará, su carácter se transformará. Saldrá a ser una luz para el mundo, a reflejar en cierto grado ese misterioso amor. Cuanto más contemplemos la cruz de Cristo, más plenamente adoptaremos el lenguaje del apóstol cuando dijo: "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo".

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 615, 616

6.7. La actitud en la cena

La importancia del rito y lo que representa debe estar en la mente de los adoradores que se acercan a participar de la cena. El significado que el Señor otorgó a cada una de las dos partes del rito debería elevar nuestras mentes y mantenerlas en sujeción mientras participamos. Una actitud de solemnidad debería acompañar a los adoradores durante el rito de humildad. Es el momento en el que Dios está limpiándonos de nuestros pecados, el sencillo lavado de nuestros pies por uno de nuestros amados hermanos constituye como hemos mencionado una renovación del bautismo del que hemos participado. Junto con este hecho nuestras mentes deberían espaciarse en la humillación de Jesús quien siendo la Majestad del cielo se decidió a venir para rescatarme a mí, un mísero pecador, de la muerte que sin duda merezco. Si mi Señor dobló sus rodillas para lavar los pies de sus discípulos, su ejemplo me debe llevar a servir a aquellos por los que Él murió. La grandeza del servicio debe ser atesorada en el alma del adorador cuando se acerca a participar del rito de humildad.



Después que Cristo hubo lavado los pies de los discípulos, se puso la ropa que se había sacado, se sentó de nuevo y les dijo: "¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis, Maestro, y, Señor; y decís bien; porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su Señor, ni el apóstol es mayor que el que le envió".

Cristo quería que sus discípulos comprendiesen que aunque les había lavado los pies, esto no le restaba dignidad. "Vosotros me llamáis, Maestro, y, Señor; y decís bien; porque lo soy". Y siendo tan infinitamente

superior, impartió gracia y significado al servicio. Nadie ocupaba un puesto tan exaltado como el de Cristo, y sin embargo él se rebajó a cumplir el más humilde deber. A fin de que los suyos no fuesen engañados por el egoísmo que habita en el corazón natural y se fortalece por el servicio propio, Cristo les dió su ejemplo de humildad. No quería dejar a cargo del hombre este gran asunto. De tanta importancia lo consideró, que él mismo, que era igual a Dios, actuó como siervo de sus discípulos. Mientras estaban contendiendo por el puesto más elevado, Aquel ante quien toda rodilla ha de doblarse, Aquel a quien los ángeles de gloria se honran en servir, se inclinó para lavar los pies de quienes le llamaban Señor. Lavó los pies de su traidor.

En su vida y sus lecciones, Cristo dió un ejemplo perfecto del ministerio abnegado que tiene su origen en Dios. Dios no vive para sí. Al crear el mundo y al sostener todas las cosas, está sirviendo



constantemente a otros. El “**hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos**”. Este ideal de ministerio fué confiado por Dios a su Hijo. Jesús fué dado para que estuviese a la cabeza de la humanidad, a fin de que por su ejemplo pudiese enseñar lo que significa servir. Toda su vida fué regida por una ley de servicio. Sirvió y ministró a todos. Así vivió la ley de Dios, y por su ejemplo nos mostró cómo debemos obedecerla nosotros.

Vez tras vez, Jesús había tratado de establecer este principio entre sus discípulos. Cuando Santiago y Juan hicieron su pedido de preeminencia, él dijo: “**El que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor**”. En mi reino, el principio de preferencia y supremacía no tiene cabida. La única grandeza es la grandeza de la humildad. La única distinción se halla en la devoción al servicio de los demás.

Ahora, habiendo lavado los pies de los discípulos, dijo: “**Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis**”. En estas palabras Cristo no sólo ordenaba la práctica de la hospitalidad. Quería enseñar algo más que el lavamiento de los pies de los huéspedes para quitar el polvo del viaje. Cristo instituía un servicio religioso. Por el acto de nuestro Señor, esta ceremonia humillante fué transformada en rito consagrado, que debía ser observado por los discípulos, a fin de que recordasen siempre sus lecciones de humildad y servicio.

Este rito es la preparación indicada por Cristo para el servicio sacramental. Mientras se alberga orgullo y divergencia y se contiende por la supremacía, el corazón no puede entrar en comunión con Cristo. No estamos preparados para recibir la comunión de su cuerpo y su sangre. Por esto, Jesús indicó que se observase primeramente la ceremonia conmemorativa de su humillación.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 604, 605

Un reconocimiento del lugar que cada uno de nosotros ocupa en la iglesia es importante en este momento. He sido dirigente de iglesia durante muchos años, tal vez más de los que hubiera sido aconsejable. Muchos años dirigiendo hace que a veces perdamos de vista el lugar que debemos ocupar. Nos parece que los demás deben hacernos concesiones y pensamos que merecemos un trato diferente por haber servido al Señor. Empezamos a pensar que la iglesia es nuestra, que depende de nuestra sabiduría, habilidad o energía. El rito de humildad debe tener la virtud de volvernos cada vez a nuestros orígenes. Solamente hay un Maestro, todos los demás somos discípulos, todos necesitamos de ser enseñados por Jehová. Debemos gozarnos en servir a aquellos que como nosotros han traído sus vidas miserables de pecado a los pies del señor y anhelan ser curados, debemos sostenernos y alentarnos unos a otros en esta dura batalla contra las fuerzas de las tinieblas.

Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Mateo 23: 1-12

Al llegar a este rito, los hijos de Dios deben recordar las palabras del Señor de vida y gloria: “¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis, Maestro, y, Señor: y decís bien; porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el apóstol es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris”. Hay en el hombre una disposición a estimarse más que a su hermano, a trabajar para sí, a buscar el puesto más alto; y con frecuencia esto produce malas sospechas y amargura de espíritu. El rito que precede a la cena del Señor, está destinado a aclarar estos malentendidos, a sacar al hombre de su egoísmo, a bajarle de sus zancos de exaltación propia y darle la humildad de corazón que le inducirá a servir a su hermano.

El santo Vigilante del cielo está presente en estos momentos para hacer de ellos momentos de escrutinio del alma, de convicción del pecado y de bienaventurada seguridad de que los pecados están perdonados. Cristo, en la plenitud de su gracia, está allí para cambiar la corriente de los pensamientos que han estado dirigidos por cauces egoístas. El Espíritu Santo despierta las sensibilidades de aquellos que siguen el ejemplo de su Señor. Al ser recordada así la humillación del Salvador por nosotros, los pensamientos se vinculan con los pensamientos; se evoca una cadena



de recuerdos de la gran bondad de Dios y del favor y ternura de los amigos terrenales. Se recuerdan las bendiciones olvidadas, las mercedes de las cuales se abusó, las bondades despreciadas. Quedan puestas de manifiesto las raíces de amargura que habían ahogado la preciosa planta del amor. Los defectos del carácter, el descuido de los deberes, la ingratitud hacia Dios, la frialdad hacia nuestros hermanos, son tenidos en cuenta. Se ve el pecado como Dios lo ve. Nuestros pensamientos no son pensamientos de complacencia propia, sino de severa censura propia y humillación. La mente queda vivificada para quebrantar toda barrera que causó enajenamiento. Se ponen a un lado las palabras y los pensamientos malos. Se confiesan y perdonan los pecados. La subyugadora gracia de Cristo entra en el alma, y el amor de Cristo acerca los corazones unos a otros en bienaventurada unidad.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 605, 606

Pero lo que dije anteriormente no debe lanzarnos en el sentido opuesto y suponer que no debo gratitud a quienes ministran en mi favor. Tengo un gran reconocimiento por aquellos que me ayudaron a conocer al Señor en mis años mozos. También tengo gratitud, y la he expresado formalmente, a aquellos que me aconsejaron como ser una herramienta útil en las manos del Señor como dirigente. Debemos orar por aquellos que nos conducen y darles la honra que merecen.

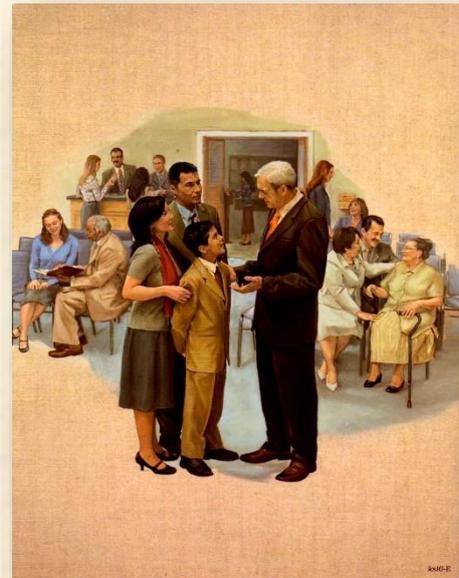
Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar.

1 Timoteo 5: 17

Pero regresemos a nuestro tema... Una actitud de gratitud a Dios por su sacrificio de consecuencias eternas preparará la mente del adorador para la segunda parte del servicio. La disposición a servir de mejor manera a otros deberá ser la consecuencia natural del rito preparatorio. Permítame una vez más un análisis sobre esto. Algunos en la iglesia pensamos que la iglesia debe servirnos. Nos quejamos de falta de atención cuando no asistimos y nadie nos visita, pero nunca visitamos a los que faltan. Pensamos que merecemos, sí que merecemos... mejores sermones o programas elaborados, buenos números especiales pero no participamos con nuestros talentos para otros.

Hace algunos años me ocurrió algo anecdótico. Siempre me ha gustado, en la medida de lo posible, saludar a las personas que llegan a la iglesia por primera vez (a veces soy algo distraído y no me percató) o aquellos que los veo después de algún tiempo. Ocurrió que yo veía que en una iglesia a la que asistía venía un hermano durante un tiempo corto y luego se ausentaba un tiempo largo. No era miembro de iglesia y pensaba yo que tal vez venía por un corto tiempo que permanecía en la ciudad, puesto que tal vez trabajaba en otro lugar.

En una de esas visitas me acerqué a saludarlo. Le dije que había notado que venía a la iglesia unas pocas semanas y luego se hacía extrañar un largo tiempo, no sé tal vez un año casi. Me dijo que a él le encantaba visitar las iglesias, que se gozaba mucho en ir de iglesia en iglesia conociendo a los diferentes hermanos y disfrutando del compañerismo cristiano en muchos lugares. Por eso lo veía de vez en cuando, pues se había hecho una especie de programa para visitar a todas las iglesias de esta gran ciudad. Le pregunté en cuál de esas iglesias trabajaba... y enmudeció. Algunos queremos que la iglesia nos sirva, pero no estamos muy estimulados a servir. Tal vez sea bueno preguntarse que está usted haciendo por su iglesia (por el conjunto de los miembros, no por el edificio), para su edificación (de la iglesia), para que otros estén mejor preparados para encontrarse con su Señor en el aire. ¿Cuál es su ministerio? Perdóneme si le he incomodado... pero la pregunta es importante para su vida... Por si acaso, no se requiere de grandes habilidades para ser servicial, basta con proponérselo. Siempre hay lugar para quien desea ayudar...



A medida que se aprende así la lección del servicio preparatorio, se enciende el deseo de vivir una vida espiritual más elevada. El divino Testigo responderá a este deseo. El alma será elevada. Podemos participar de la comunión con el sentimiento consciente de que nuestros pecados están perdonados. El sol de la justicia de Cristo llenará las cámaras de la mente y el templo del alma. Contemplaremos al **"Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"**.

Para los que reciben el espíritu de este servicio, no puede nunca llegar a ser una mera ceremonia. Su constante lección será: **"Servíos por amor los unos a los otros"**. Al lavar los pies a sus discípulos, Cristo dió evidencia de que haría, por humilde que fuera, cualquier servicio que los hiciese



herederos con él de la eterna riqueza del tesoro del cielo. Sus discípulos, al cumplir el mismo rito, se comprometen asimismo a servir a sus hermanos. Dondequiera que este rito se celebra debidamente, los hijos de Dios se ponen en santa relación, para ayudarse y bendecirse unos a otros. Se comprometen a entregar su vida a un ministerio abnegado. Y esto no sólo unos por otros. Su campo de labor es tan vasto como lo era el de su Maestro. El mundo está lleno de personas que necesitan nuestro ministerio. Por todos lados, hay pobres desamparados e ignorantes. Los que hayan tenido comunión con Cristo en el aposento alto, saldrán a servir como él sirvió.

Jesús, que era servido por todos, vino a ser siervo de todos. Y porque ministró a todos, volverá a ser servido y honrado por todos. Y los que quieren participar de sus atributos, y con él compartir el gozo de ver almas redimidas, deben seguir su ejemplo de ministerio abnegado.

Todo esto abarcaban las palabras de Cristo: “Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”. Tal era el propósito del rito que él estableció. Y dice: “Si sabéis estas cosas”, si conocéis el propósito de sus lecciones, “bienaventurados seréis, si las hicieréis”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 606, 607

7. Material complementario

7.1. Quiénes deben participar

En base a lo que hasta aquí hemos presentado tenemos cierta claridad para responder esta pregunta. Sin embargo, permítame extenderme un poco más a este respecto. La participación en el rito requiere evidentemente que el adorador (el que se acerca a Dios con deseo de adorarle) entienda el grandioso significado del rito. Una participación que no implique esto sería cuestionable. Los niños pequeños que no estén en capacidad de entender aquello que están haciendo no debieran ser estimulados a participar de ninguna de las dos partes del rito.

Los padres y maestros deberían enseñar esto a los niños y estar atentos a su desarrollo para saber cuándo invitarles a participar por primera vez. Me han preguntado alguna vez si un no bautizado debería participar. Les he contado lo que me ocurrió a mí, yo participé algunas pocas veces antes de ser bautizado, pues había quedado impresionado no sólo por la solemnidad del rito sino especialmente por su significado. Pienso que mientras la persona entienda el significado del rito debe permitírsele e incluso invitarle a participar. Algunas personas podrían ser renuentes a tomar la iniciativa pero un buen miembro de iglesia debería acompañarlo y ayudarlo a completar su comprensión de aquello en lo que está a punto de participar.

Siento tristeza cuando veo que algunos miembros de iglesia no participan en la cena, a pesar de estar presentes en ese momento en la iglesia. Tal vez algunos otros no se acercan a la iglesia al saber con antelación que se va a celebrar la cena. También saber eso me entristecería. Alguna vez alguien me dijo que no estaba preparado para participar. Le pregunté si creía en Jesús como su Salvador personal, y que su muerte le liberaba del pecado. Le pregunté si amaba al Señor y quería que morara en él. Me respondió a todo que sí. Le dije entonces que el rito de humildad es el rito preparatorio. Este rito nos prepara para la cena. No necesito prepararme antes. Es cierto que al aproximarse a la fecha es bueno acercarse con gozo a la iglesia, pero el rito está diseñado por Dios para limpiar al que está sucio, para restaurar al que ha fallado, para librarnos de nuestra carga de pecado.

Los apóstoles en el aposento alto no estaban “preparados” seguían discutiendo sobre quién era el mayor aún allí. Anhelaban la supremacía y algunos tenían un espíritu beligerante, y no solamente en este aspecto. Entre ellos estaba el traidor, a punto de cumplir su terrible propósito... Pero Jesús deseaba prepararlos, quería además realizar el postrero esfuerzo por librar a Judas de lo que sería la mayor culpa de los siglos, entregar a su Maestro (Dios hecho carne) y amigo a la muerte. Todos ellos necesitaban el rito preparatorio y Jesús permitió que todos participaran.

Aunque Jesús conocía a Judas desde el principio, le lavó los pies. Y el traidor tuvo ocasión de unirse con Cristo en la participación del sacramento. Un Salvador longánime ofreció al pecador todo incentivo para recibirle, para arrepentirse y ser limpiado de la contaminación del pecado. Este ejemplo es para nosotros. Cuando suponemos que alguno está en error y pecado, no debemos separarnos de él. No debemos dejarle presa de la tentación por algún apartamiento negligente, ni impulsarle al terreno de batalla de Satanás. Tal no es el método de Cristo. Porque los discípulos estaban sujetos a yerros y defectos, Cristo lavó sus pies, y todos menos uno de los doce fueron traídos al arrepentimiento.

El ejemplo de Cristo prohíbe la exclusividad en la cena del Señor. Es verdad que el pecado abierto excluye a los culpables. Esto lo enseña claramente el Espíritu Santo. Pero, fuera de esto, nadie ha de pronunciar juicio. Dios no ha dejado a los hombres el decir quiénes se han de presentar en estas ocasiones. Porque ¿quién puede leer el corazón? ¿Quién puede distinguir la cizaña del trigo? “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así de aquel pan, y beba de aquella copa”.



Porque “cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor”. “El que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 612

Tenga cuidado de querer erigirse en juez y suponer que posee la sabiduría para decir quién debe participar y quién no. Nadie le ha dado a usted ese derecho... Esa decisión es personal, entre cada persona y su Salvador. Aún la supuesta indignidad de quienes offician no debería detenerme de participar en el rito.

Cuando los creyentes se congregan para celebrar los ritos, están presentes mensajeros invisibles para los ojos humanos. Puede haber un Judas en el grupo, y en tal caso hay allí mensajeros del príncipe de las tinieblas, porque ellos acompañan a todos los que se niegan a ser dirigidos por el Espíritu Santo. Los ángeles celestiales están también presentes. Estos visitantes invisibles están presentes en toda ocasión tal. Pueden entrar en el grupo personas que no son de todo corazón siervos de la verdad y la santidad, pero que desean tomar parte en el rito. No debe prohibírseles. Hay testigos que estuvieron presentes cuando Jesús lavó los pies de los discípulos y de Judas. Hay ojos más que humanos que contemplan la escena.



Por el Espíritu Santo, Cristo está allí para poner el sello a su propio rito. Está allí para convencer y enternecer el corazón. Ni una mirada, ni un pensamiento de contrición escapan a su atención. El aguarda al arrepentido y contrito de corazón. Todas las cosas están listas para la recepción de aquella alma. El que lavó los pies de Judas anhela lavar de cada corazón la mancha del pecado.

Nadie debe excluirse de la comunión porque esté presente alguna persona indigna. Cada discípulo está llamado a participar públicamente de ella y dar así testimonio de que acepta a Cristo como Salvador personal. Es en estas ocasiones designadas por él mismo cuando Cristo se encuentra con los suyos y los fortalece por su presencia. Corazones y manos indignos pueden administrar el rito; sin embargo Cristo está allí para ministrar a sus hijos. Todos los que vienen con su fe fija en él serán grandemente bendecidos. Todos los que descuidan estos momentos de privilegio divino sufrirán una pérdida. Acerca de ellos se puede decir con acierto: “No estás limpios todos”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 612, 613

En un artículo muy interesante un conocido teólogo adventista analiza quiénes deben participar en la cena. Pone un énfasis adecuado también en el hecho que el rito es un evento grupal, no individual, que forma parte de la adoración y cuyo centro es el reconocimiento personal y grupal de nuestra aceptación de Cristo como nuestro Salvador personal. Al mismo tiempo señala una de las principales características para definir quiénes deben participar: quienes reconocen a Jesús como su Salvador.

En su primera carta a los Corintios el apóstol Pablo llama la atención sobre el aspecto de comunión o compañerismo, de la cena del Señor. Observa que esta ordenanza consiste en dos conjuntos de relaciones:

1. el creyente y Cristo y
2. el creyente y sus hermanos cristianos

Hablando sobre la primera, dice “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión [griego: koinonía: “compañerismo, una estrecha relación mutua”] de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión [koinonía] del cuerpo de Cristo?” (1 Corintios 10: 16).

Aquí Pablo está enfatizando principalmente la relación del creyente con el Salvador. Su declaración trae a la mente las sorprendentes palabras de Jesús “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros... El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Juan 6: 53-56).

Cuando el creyente en agradecimiento humilde come y bebe los emblemas del cuerpo quebrantado y la sangre derramada del Salvador, confiesa nuevamente su fe en Cristo Jesús. Así



expresa su confianza en Él como su personal Salvador y Señor y reafirma su convicción de que Dios por amor a Cristo ha perdonado y le ha aceptado como su hijo.

¿Cuál es, entonces, el significado primario de este servicio sagrado? En un sentido, no es una comida, sino la confesión cristiana, en símbolos, de su fe en Cristo Jesús. La cena del Señor, entonces, es obviamente un ritual para los cristianos, es decir, para aquellos que reconocen a Cristo como Salvador y Señor. Los no cristianos y aquellos que aún no están lo suficientemente mayores para comprometer inteligentemente sus vidas a Cristo naturalmente deberían ser excluidos de la participación.

Mientras que la cena del Señor sirve principalmente para vincular al creyente con su Salvador, también fortalece la comunidad de creyentes. Pablo escribió, “**Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan**” (1 Corintios 10: 17). Como todas las piezas del pan comunión comido por los creyentes viene de un solo pan, así que todos los creyentes que comparten el servicio de comunión se unen en Él cuyo cuerpo quebrantado es tipificado por ese pan partido. Al participar juntos de esta ordenanza, los cristianos muestran públicamente que están unidos y que pertenecen a una gran familia, cuya cabeza es Cristo.

Frank B. Holbrook,

For members only, Who should partake of the Lord's Supper, 1, 2 (traducción del autor)

Como hemos mencionado en algún momento de este tratado, Jesús a pesar de conocer la condición de Judas no le impidió participar ni el rito preparatorio, ni en la cena. A pesar que conocía perfectamente que lo iba a traicionar hizo el último esfuerzo por salvarlo.

Cuando sincronizamos los registros que Lucas y Juan escribieron, obtenemos la secuencia cronológica de lo que ocurrió en la última noche de Cristo con sus discípulos:

1. La comida de Pascua se inició (**Lucas 22: 14-18**)
2. Jesús se levantó y se lavó los pies de los discípulos (**Juan 13: 1-17**), incluidos los de Judas.
3. Jesús instituyó la Cena, consagró el pan y el vino y los pasó a los discípulos (**Lucas 22: 19, 20**)
4. Jesús identificó a Judas como el que le iba a entregar (versículos **21-23**; **Juan 13: 18-26**)
5. Judas se marchó, dejándolos tan bruscamente que el grupo confundido no entendía lo que había sucedido (**Juan 13: 27-30**).

Todos los doce discípulos se presentaron para la cena de Pascua con Jesús (**Mateo 26: 20; Marcos 14: 17; Lucas 22: 14**). Judas Iscariote era uno de este grupo especial que Cristo había nombrado para predicar en su nombre (**Marcos 3: 14-19; Lucas 6: 13-16**). Junto con los otros Judas había ejercido poderes especiales para expulsar espíritus impuros “y para sanar toda enfermedad y dolencia” (**Mateo 10: 1**). También trabajó como tesorero del grupo (**Juan 12: 6; 13: 29**).

Antes del tiempo de la Pascua Judas hizo arreglos para traicionar a su Maestro (**Mateo 26: 14-16**). Pero el Salvador no fue tomado por sorpresa. Era plenamente consciente de la traición de su discípulo, y había dicho abiertamente a todos ellos, unos meses antes, “¿No he escogido doce, y uno de vosotros es diablo?” (**Juan 6: 70**).

Frank B. Holbrook,

For members only, Who should partake of the Lord's Supper, 2 (traducción del autor)

Finalmente, el autor compara el aspecto familiar que tenía la celebración de la pascua y los ritos que componen la cena. La pascua era una celebración familiar en la que todos los de casa deberían participar. La cena, aunque reemplaza a la pascua no posee las mismas demandas de calificación para el participante. Tal como hemos señalado antes, el autor también remarca la importancia de tener un claro entendimiento del significado del rito así como de las responsabilidades espirituales para poder participar, recomendando que no se adelante a los niños a participar, ni del rito preparatorio, ni de los emblemas. Como padres debemos instruir a nuestros niños por precepto y ejemplo y llevarlos juiciosamente hasta que estén preparados a participar.

Dado que la Pascua original parece haber sido una comida familiar (**Exodo 12: 21, 26**), algunos sugieren que los niños no bautizados se les debe permitir participar en la Cena del Señor. Pero así como los adventistas rechazan el bautismo infantil, desautorizan la “comunión infantil” y “lavado de pies de los infantes” también.

El cristianismo, tal como está representado en las Escrituras, es la religión de un creyente. Para entrar en unión con Jesucristo a través del rito del bautismo, la persona debe tener la edad suficiente:

1. para entender las verdades de la fe (véase **Mateo 28: 20**)
2. para hacer un compromiso inteligente a Jesucristo como su Salvador personal y Señor



3. (Hechos 16: 30, 31) y para que se arrepientan del pecado (Hechos 2: 38).

Al igual que el bautismo, el lavado de pies es de una ordenanza para el creyente, tal como es el servicio de comunión, una reafirmación ritual participativa de la fe del creyente en Jesucristo. El enfoque de la comida de comunión no está realmente en la unión familiar (padre-madre-hijo o marido-mujer). Más bien, este servicio hace hincapié en la profesión del creyente de la fe en su Redentor y la unión con los creyentes como que componen el cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia...

Aunque los niños no bautizados no deben participar en las ordenanzas, los padres pueden empezar a instruirlos en su significado (ver **Deuteronomio 6: 6, 7**). Incluso esta instrucción no significa que un niño está necesariamente listo para participar en las ordenanzas. ¡El hecho de que un adolescente llegue a comprender algo sobre el amor, no se sigue que está listo para el matrimonio! Tampoco el hecho de que un niño pequeño puede guiar el automóvil de la familia por la calle, mientras que él se sienta en el regazo de su padre significa que está listo para un Buick en lugar de un triciclo. Adelantar en la experiencia a un niño de lo que está diseñado para sus años más maduros no es saludable. Reservar los privilegios de los miembros de la iglesia para el momento en que el niño llegue con suficiente madurez espiritual para ser bautizado está en armonía con la naturaleza y las Escrituras.

Frank B. Holbrook,

For members only, Who should partake of the Lord's Supper, 3 (traducción del autor)

7.2. La hostia

Cuando Jesús participó en la cena con sus discípulos se celebraba la pascua judía. El pan que había en la mesa era un pan ácimo (sin levadura o sin leudar) y tenía una forma más o menos circular, algo parecido a una masa de pizza aunque más irregular tanto en espesor como en forma. Como Jesús partió el pan entre sus discípulos cada uno de ellos debe haber ingerido una porción irregular, nunca redonda ni nada que se le parezca. En la comunión de la iglesia romana, el pan se presenta bajo la forma de hostia, una oblea, muy delgada, circular y totalmente blanca (recordemos que la harina del tiempo de Jesús era difícilmente de ese color pues no estaba blanqueada por medios no naturales como hoy, además que probablemente era bastante más integral que la que hoy se usa). Es interesante además mencionar que la palabra hostia en latín era utilizada en la religión pagana de Roma para identificar a un sacrificio hecho a los dioses.

La hostia (latín: hostia, y que significaba en la religión romana [de la Roma pagana se entiende] "ser que se sacrifica en honor de los dioses") es en la religión cristiana un trozo de pan ácimo (sin levadura), de harina de trigo con forma circular que se ofrece en la eucaristía o misa cristiana como ofrenda o sacrificio incruento. Jesucristo es el cordero de Dios, el sacrificio que se ofrece a Dios Padre para alcanzar la salvación de los hombres y mujeres.

Wikipedia, Hostia

Dentro del sincretismo (intento de conciliar doctrinas distintas) que se realizó en los primeros siglos de la iglesia cristiana, uniendo conceptos paganos a la teología apostólica, la inclusión de la hostia redonda, símbolo del dios sol, fue uno de los modos de mantener contentos a los cristianos y a los paganos semi convertidos que entraban a formar parte de la nueva religión del estado, especialmente en el siglo IV DC, en tiempos de Constantino. Con el correr de los tiempos, la misa incluyó la elevación de la hostia consagrada y la inclinación (en adoración) de los fieles.

El papa Honorio III [1277 DC] instituye la elevación y adoración de la hostia, antiguo símbolo del sol adorado por algunos pueblos. (La pretendida transubstanciación defendida contra razón y tradición escrituraria es una de las más peligrosas idolatrías en que el romanismo ha caído).

Claudio Gutiérrez Marín, Errores fundamentales del Romanismo, 150

La iglesia católica considera a la misa, en especial a la eucaristía, un sacrificio incruento (sin derramamiento de sangre), lo que significa una repetición del sacrificio de Cristo en la cruz. La hostia, que en el mejor de los casos debería representar el cuerpo de Jesús, se considera como que es realmente el cuerpo de Jesús (veremos el concepto de transubstanciación luego) y es considerada como la víctima, que como tal debe ser ingerida, concepto que en realidad proviene del paganismo. Por favor, vea la siguiente cita de la importante obra de Hislop, de mediados del siglo XIX, donde además se demuestra la supuesta importancia de la redondez de la hostia, que no tiene relación con el cristianismo pero sí con la pagana adoración al dios sol.

En el siglo cuarto, cuando la reina del cielo bajo el nombre de María estaba empezando a ser adorada en la Iglesia cristiana, también se introdujo este "sacrificio incruento". Epifanio dice que la práctica de ofrecer y de comer el sacrificio empezó entre las mujeres de Arabia; y en ese tiempo fue bien conocido por haber sido tomado de los paganos. La misma forma del sacrificio incruento de



Roma puede indicar de dónde procede. Se trata de una oblea pequeña, redonda y delgada; y la Iglesia de Roma pone mucho énfasis en su redondez, para usar el lenguaje expresivo de John Knox con respecto a la oblea de Dios: “Si al redondearla se daña el círculo, entonces otra de sus obleas acompañantes debe recibir el honor de convertirse en dios, y la desdichada oblea cuarteada o rajada, que una vez tuvo la esperanza de convertirse en dios, debe, además, ser dada a un niño para que juegue”. ¿Qué pudo haber inducido al papado para insistir tanto en la “redondez” de su “sacrificio incruento”? Evidentemente nada que tenga que ver con la institución divina de la Cena de nuestro Señor, pues en todos los relatos que se hacen sobre ella, no hay ninguna referencia a la forma del pan que tomó nuestro Señor cuando Él lo bendijo, y lo partió, y se lo dio a Sus discípulos, diciendo: “**Tomad, comed; esto es mi cuerpo, haced esto en memoria de mí**”. Por pequeña que fuese, podría tenerse alguna referencia sobre la forma del pan pascual de los judíos, pero sobre este asunto no se dan normas en los libros de Moisés. Sin embargo, la importancia que Roma le atribuye a la redondez de la hostia debe tener alguna razón; y esa razón se encontrará si ponemos atención a los altares de Egipto. “La torta delgada y redonda” dice Wilkinson, “se encuentra en todos los altares”. Casi toda insignificancia o todo título tenían un significado simbólico en el culto egipcio. El disco redondo, tan frecuente entre los emblemas sagrados de Egipto, simbolizaba el sol. Cuando Osiris, la divinidad solar, se encarnó y nació, no fue solamente para que diera su vida como sacrificio por los hombres, sino para que pudiera ser la vida y el alimento de las almas de los hombres.

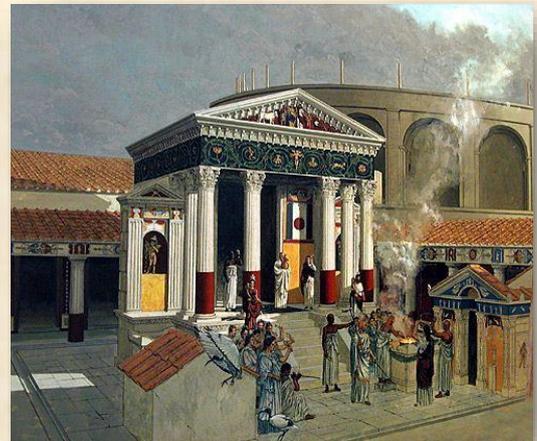
Alexander Hislop, Las dos Babilonias, 249, 250

El mismo autor explica la relación que la misma teología católica establece entre la hostia, el sol y el sacramento de la eucaristía. Para aquellos que hemos estudiado el tema de la adopción de las prácticas paganas en la iglesia cristiana durante los primeros siglos de nuestra era, esto no sorprende, pero puede ser muy duro de asimilar para los lectores católicos. El conocer la verdad, como ha ocurrido a muchos (entre los que me cuento), ha significado enfrentar nuestras creencias adquiridas contra el mensaje claro de la Palabra de Dios y debo reconocer que no es grato.

Que el lector lea con atención la siguiente cita de Hurd [Ritos y Ceremonias], en la cual describe los ornamentos del altar romano [católico, se entiende] en el que se deposita el sacramento o la hostia consagrada, y después podrá juzgar: “Un disco de plata en forma de SOL está colocado en el altar frente al SACRAMENTO; el cual con la luz de los cirios adquiere una apariencia más brillante”. ¿Qué tiene que hacer ese “Sol” “brillante” en el altar frente al “sacramento” u hostia redonda?

Alexander Hislop, Las dos Babilonias, 253

Los símbolos relacionados con la hostia tienen un componente extra que estaba llamado a generar una confusión favorable para la adopción del sacrificio idólatrico de la misa para los paganos semi convertidos que entraron en la iglesia cuando esta aproximó su culto con el que ellos adoraban a sus deidades paganas. Vea una imagen del templo de Isis en Pompeya. Algunos símbolos conocidos, como las siglas IHS para representar a la trinidad egipcia están también presentes en la hostia romana.



Con respecto a la índole pagana del “sacrificio incruento” de la misa, ya hemos visto no poco. Pero todavía hay algo que considerar en lo que aparecerá todavía más la obra del misterio de iniquidad. Sobre la hostia hay unas letras que vale la pena leer. Estas letras son IHS. ¿Qué significan estas letras místicas? Para un cristiano, estas letras tienen el significado de “Iesus Hominum Salvator”, “Jesús, el Salvador de los hombres”. Pero permítasele a un adorador romano de Isis (pues en la época de los emperadores había innumerables adoradores de Isis en Roma) posar sus ojos en ellas, ¿y cómo las leerá? El las leerá, por supuesto, de acuerdo con su propio y bien conocido sistema idólatra: “Isis, Horus, Seb,” es decir, “La Madre, el Hijo, y el Padre de los dioses” en otras palabras, “La Trinidad” egipcia. ¿Puede pensar el lector que este doble significado sea algo casual? Con seguridad que no. El mismo espíritu que convirtió la fiesta del pagano Oannes en la fiesta del cristiano Joannes, conservando al mismo tiempo todo su paganismo antiguo, ha planeado hábilmente las iniciales IHS para dar la apariencia de un tributo al cristianismo, mientras el paganismo tiene realmente toda la substancia del homenaje que le es tributado.

Alexander Hislop, Las dos Babilonias, 257

Algunos podrían suponer que esto es una exageración en la crítica a la real teología católica. Pero, al considerar el romanismo que la hostia “es” Jesús en persona, resulta evidente que debe ser adorada.



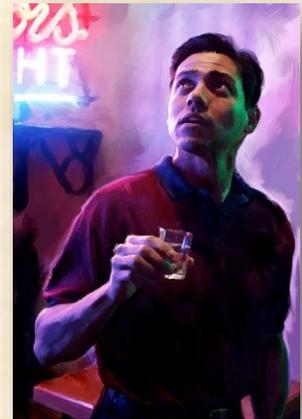
Esto no es, por si acaso, una ascensión gratuita de este autor sino que es una doctrina de la Iglesia romana incluida en el catecismo oficial editado durante el pontificado del fallecido Juan Pablo II. En la declaración siguiente se dice que la hostia debe ser adorada e incluso llevada en procesión como si fuera el mismísimo Dios. Recordemos que las procesiones son también actividades propias del culto pagano (las menciones en la Biblia sobre procesiones siempre se refieren a ritos de las naciones paganas) que fueron introducidas al cristianismo durante la apostasía de los primeros siglos.

El culto de la Eucaristía. En la liturgia de la misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y de vino, entre otras maneras, arrodillándonos o inclinándonos profundamente en señal de adoración al Señor. “La Iglesia católica ha dado y continua dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía [léase la hostia consagrada] no solamente durante la misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión” (MF 56).

Catecismo de la Iglesia Católica 1992, Acápite 1378

7.3. El vino

Para aquellos que gustan del alcohol y buscan alguna forma de disculpar su adicción les agrada mencionar que Jesús tomó vino y que además lo proveyó para otros en las bodas de Caná. Además sostienen que utilizó el conocido licor para representar su sangre, es decir como emblema, en la Cena del Señor. En realidad tal aseveración es incorrecta y hubiera sido un contrasentido que Jesús fomentara el uso del alcohol que la Santa Biblia claramente condena. La palabra griega “oínos” que se emplea en las bodas de Caná y otros pasajes del Nuevo Testamento se usa tanto para el vino fermentado como para el jugo de uva o mosto; por lo que la lingüística no nos ayuda a dilucidar este asunto. Debemos recurrir a la exégesis y a la teología para comprender este asunto. Citaré un interesante y bien preparado artículo de Calvin George, un autor evangélico.



Se ha escrito mucha literatura buena sobre la maldad del vino embriagante desde un punto de vista social. Simpatizo con el lector de este artículo que posiblemente ha sufrido en carne propia el devastador impacto de este vicio maligno. Se ha escrito mucho sobre el horror que las bebidas alcohólicas producen en las carreteras y en los hogares. Este estudio no se ha escrito desde un punto de vista social, porque es mi humilde intento de exponer en forma plena las enseñanzas bíblicas acerca de este tema de vital importancia.

Una cantidad alarmante de los que se consideran evangélicos creen que el término vino en la Biblia es siempre y sin excepción vino alcohólico y embriagante. Algunos hasta sirven vino alcohólico en sus iglesias, y se atreven a llamar este evento la “santa” cena.

Mucha de la confusión sin duda se debe a la definición dada al término vino en los diccionarios modernos. El diccionario moderno afirma que el vino es una bebida alcohólica formado de jugo de uvas fermentado.

La clave para llegar a comprender este asunto es entender que la palabra vino en la Biblia es genérica, o sea, tiene diferentes significados, dependiendo del contexto en que se usa. Una escapada al hebreo o griego original nos trae cara a cara con la misma realidad. La palabra vino en griego aparece como paroinos y oinos, ambos siendo palabras genéricas. En el hebreo aparece como yayin, tiyros, shekar, chamar, chemer, cobe y aciyc. Todos estos términos en las lenguas originales pueden significar el fruto de la vid, o sea, jugo de uvas no fermentado, o puede significar vino alcohólico. Todo depende en el contexto, como veremos más adelante. Hay muchas más palabras en las Escrituras que son genéricas. Un ejemplo conocido sería la palabra hombre. En veces significa el género masculino, en otras veces significa la humanidad en general. **1 Timoteo 2: 4** dice “El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”. El contexto del versículo y del capítulo nos indica claramente que hombres en esta instancia es una referencia a la humanidad en general.

Calvin George, El Vino Intoxicante a la Luz de la Biblia, 1

El vino que Jesús proveyó para la fiesta, y que dió a los discípulos como símbolo de su propia sangre, fué el jugo puro de uva. A esto se refiere el profeta Isaías cuando habla del “mosto en un racimo”, y dice: “No lo desperdicies, que bendición hay en él”.

Fué Cristo quien dió en el Antiguo Testamento la advertencia a Israel: “El vino es escarnecedor, la cerveza alborotadora; y cualquiera que por ello errare, no será sabio”. Y él mismo



no proveyó bebida tal. Satanás tienta a los hombres a ser intemperantes para que se enturbie su razón y se emboten sus percepciones espirituales, pero Cristo nos enseña a mantener sujeta la naturaleza inferior. Toda su vida fué un ejemplo de renunciamiento propio. A fin de dominar el poder del apetito, sufrió en nuestro favor la prueba más severa que la humanidad pudiese soportar. Cristo fué quien indicó que Juan el Bautista no debía beber ni vino ni bebida alcohólica. El fué quien ordenó abstinencia similar a la esposa de Manoa. Y él pronunció una maldición sobre el hombre que ofreciese la copa a los labios de su prójimo. Cristo no contradice su propia enseñanza. El vino sin fermentar que él proveyó a los huéspedes de la boda era una bebida sana y refrigerante. Su efecto consistía en poner al gusto en armonía con el apetito sano.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 123

Una comparación de los versos donde se usan las palabras traducidas como vino al español (o a su equivalente moderno en los diferentes idiomas actuales) permite notar cuándo se trata del “fruto de la vid” y cuándo no. Con el mismo artículo, observe las siguientes declaraciones bíblicas que son muy explícitas a este respecto.

Veamos unos versículos en la Biblia que afirman claramente que no toda mención de vino es necesariamente un vino malo y embriagante:

“El campo está asolado, se enlutó la tierra; porque el trigo fue destruido, se secó el mosto, se perdió el aceite” **Joel 1: 10**.

Es imposible que el mosto de este versículo represente una bebida intoxicante. La palabra mosto viene de la palabra tyrosh en hebreo, que es traducido vino con frecuencia, como en **Hageo 1: 11**.

“Así ha dicho Jehová: como si alguno hallase mosto en un racimo, y dijese: No lo desperdicias, porque bendición hay en él; así haré yo por mis siervos, que no lo destruiré todo” **Isaías 65: 8**.

¿Vino embriagante en un racimo? ¡Imposible! El mosto de este versículo se traduce vino en otros lugares, como acabamos de ver en el comentario anterior.

“...Aman tortas de pasas” **Oseas 3: 1**. “Papas” viene de la palabra “enab” en hebreo, que ha sido traducido “vino” en algunas Biblias, incluyendo la famosa versión King James en inglés.

“Y llamé la sequía sobre esta tierra, y sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino...” **Hageo 1: 11**

Vemos que el vino mencionado aquí tiene que ser la uva, que contiene el jugo natural no fermentado. El vino alcohólico correctamente envasado no se seca.

“Yo daré la lluvia de vuestra tierra a su tiempo, la temprana y la tardía; y recogerás tu grano, tu vino y tu aceite” **Deuteronomio 11: 14**.

No es posible recoger vino intoxicante. Como hemos mencionado anteriormente, el vino embriagante no es un producto natural.

“...Con lo mejor del trigo; y de la sangre de la uva bebiste vino” **Deuteronomio 32: 14**.

Aquí vemos claramente que hay una clase de vino en la Biblia que consiste de “la sangre de la uva”. La “sangre” de la uva en su estado natural no contiene alcohol.

“Y será cortada la alegría y el regocijo de los campos fértiles, de la tierra de Moab; y de los lagares haré que falte el vino; no pisarán con canción; la canción no será canción” **Jeremías 48: 33**.

El lagar es el recipiente donde antiguamente se pisaba la uva. El jugo que se exprimía se encontraba en su estado natural y es imposible que fuera alcohólico. El jugo que resultaba podía ser usado como una bebida de jugo de uva natural, o luego podía ser sometido al proceso de estrujar, encubar y macerar, descubar, fermentar, clarificar, filtrar y estabilizar para transformarlo en un vino





alcohólico. Aquí observamos que las uvas en los lagares, conteniendo jugo no fermentado, son llamadas vino en la Biblia. No es posible que el vino mencionado aquí haya sido embriagante.

“Quitado es el gozo y la alegría del campo fértil; en las viñas no cantarán, ni se regocijarán; no pisará vino en los lagares el pisador; he hecho cesar el grito del lagarero” **Isaías 16: 10**.

“No pisará vino” es la clave aquí. Como vimos anteriormente, cuando están siendo pisadas las uvas, el jugo que resulta no es alcohólico.

“Y la tierra responderá al trigo, al vino...Y la sembraré para mí en la tierra...” **Oseas 2: 22-23**.
Calvin George, El Vino Intoxicante a la Luz de la Biblia, 1, 2

El autor cita además una fuente evangélica que resalta el uso de este jugo de uva tanto ceremonialmente en el Antiguo Testamento como en la Cena del Señor, así como en lógico disfrute de las cosas naturales que Dios nos ha provisto para usar temperadamente.

En su libro sobre los vinos de la Biblia, el Rev. William Patton comparte cuatro observaciones sobre el vino bueno, o sea, el jugo fresco de uvas:

1. Este vino bueno debía ser presentado en el altar como una ofrenda a Dios.

“...Holocausto de olor grato, ofrenda encendida a Jehová. Y sus libaciones de vino, medio hin con cada becerro...este es el holocausto de cada mes por todos los meses del año” **Números 28: 13-14**.

2. Este vino era clasificado entre las bendiciones, los lujos, las necesidades de la vida.

“Dios, pues, te dé del rocío del cielo, y de las grosuras de la tierra, y abundancia de trigo y de mosto” [tiyros, traducido vino en otros pasajes]. **Génesis 27: 28**.

3. Este vino era un emblema de bendiciones espirituales.

“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche” **Isaías 55: 1**.

4. Este vino era el emblema de la sangre de la redención, por la cual recibimos el perdón de pecados y bendiciones eternas.

“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?” **1 Corintios 10: 16**.

En todos los pasajes donde se menciona este buen vino, no hay ninguna clase de advertencia, ninguna intimación de peligro, ningún sentido de falta de aprobación, sino una aprobación decidida.

Calvin George, El Vino Intoxicante a la Luz de la Biblia, 2, 3

Es interesante notar que cuando los evangelios hablan de la Cena del Señor nunca mencionan la palabra vino, sino utilizan las palabras “fruto de la vid”. Es decir, nunca se menciona que Cristo utilizó vino para representar a su sangre, sino que el emblema que usó se le llama “fruto de la vid”. Es evidente que la Inspiración quiso que quedara claramente definido para el lector de este tiempo, donde los conceptos de jugo de uva y vino embriagante podían ser confundidos, que el Señor utilizó el puro jugo de la uva, sin trazas siquiera de fermentación para representar su purísima sangre, sin ninguna mancha de pecado por nosotros. Los símbolos debían ser coherentes, así como el pan debía ser ázimo, sin levadura, el vino debería ser sin fermento.

Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.

Mateo 26: 29

De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

Marcos 14: 25

porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga.

Lucas 22: 18

Cristo estaba todavía a la mesa en la cual se había servido la cena pascual. Delante de él estaban los panes sin levadura que se usaban en ocasión de la Pascua. El vino de la Pascua, exento de toda fermentación, estaba sobre la mesa. Estos emblemas empleó Cristo para representar su



propio sacrificio sin mácula. Nada que fuese corrompido por la fermentación, símbolo de pecado y muerte, podía representar al “Cordero sin mancha y sin contaminación”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 609

Incluiré una cita más del autor mencionado con las razones por las cuales Jesús no podría haber provisto vino embriagante en las bodas de Caná, como algunos cristianos afirman.

En su librito “What the Bible teaches about drinking wine”, el hermano Bruce Lackey comparte diez razones por la cual es imposible que Cristo hubiera tomado bebidas alcohólicas ni convertido agua en vino alcohólico en las bodas de Caná. Aquí aparecen en forma adaptada:

1. Por causa de su naturaleza santa.

“Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” **Hebreos 7: 26**.

“Los aguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” **Juan 7: 46**.

2. Él no pudiera haber contradicho las Escrituras.

“¡Ay del que da de beber a su prójimo!...” **Habacuc 2: 15**.

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” **Mateo 5: 17**. Cristo no vino para violar las Escrituras, sino para cumplirlas.

3. La Biblia prohíbe el consumo de vino alcohólico por sacerdotes.

“No beberéis vino ni sidra cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será para vuestras generaciones, para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio” **Levítico 10: 9-11**.

Cristo es nuestro Sumo Sacerdote:

“Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser... fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” **Hebreos 2: 17**.

4. La Biblia también prohíbe el consumo de vino alcohólico por reyes y príncipes.

“No es de los reyes, oh Lemuel, no es de los reyes beber vino, ni de los príncipes la sidra; no sea que bebiendo olviden la ley, y perviertan el derecho de todos los afligidos” **Proverbios 31: 4**.

Cristo es el Príncipe de Paz (**Isaías 9: 6**) y Rey de Reyes (**Apocalipsis 19: 16**). En **Mateo 27: 11**, se declaró el rey de los judíos.

5. Cristo no vino para engañar ni burlarse de la gente.

Proverbios 20: 1 nos dice que el vino hace estas cosas, y aún mucho más en **Proverbios 23: 29-35**.

6. Él no vino para enviar gente al infierno [la palabra de la Biblia es Seol, que se refiere al sepulcro].

Isaías 5:11-14 nos dice que por cause del consumo de vino alcohólico el infierno [la palabra de la Biblia es Seol, que se refiere al sepulcro] tuvo que ensancharse... Note las palabras de **Juan 3: 17** “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”.

7. Cristo no vino para poner tropiezo a ninguno.

Romanos 14: 21 nos indica que el que toma vino hace eso exactamente. “Bueno no es comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite”.

8. El milagro de convertir agua en vino no requiere que sea vino alcohólico.

Veamos **Juan 2: 10**. Es dicho que en tiempos bíblicos, la costumbre era servir el mejor vino alcohólico primero, guardando lo peor para último, cuando la habilidad de saborear se había



debilitado por causa de la embriaguez. ¡Pero el versículo **10** nos indica que esto no fue el caso en esta instancia! Estas personas definitivamente podían reconocer que el vino que Jesús había creado era mejor de lo que se sirvió al principio. Esto no hubiera sido posible si ya estaban intoxicados. A la verdad, ni el vino que se sirvió primero, ni el que Cristo creó, era alcohólico.

Muchos argumentan que Cristo cambió agua en vino alcohólico, porque la costumbre era tomar el vino de mejor calidad primero, y dejar lo inferior para el último. Se razona que al declarar el maestasala que el vino creado por Cristo era superior al primero, tendría que ser alcohólico. No olvidemos que Cristo es el que hizo este milagro. Tomando en cuenta que él tiene poder sobrenatural, pudo haber creado un jugo de uvas más delicioso y sabroso que el vino fino más caro del mundo. Él pudo haber creado un jugo de uvas que era más gustoso que cualquier vino intoxicante, o jugo de uvas, o cualquier bebida que jamás fue ingeniado por el hombre.

9. El Señor no hubiera recibido la gloria al causar que personas ebrias se emborrachen aún más.

El versículo **11** se convierte en un versículo clave cuando notamos que dice que por este acto, Jesús **"manifestó su gloria"**. El versículo **10** nos indica que habían bebido mucho. Si hubiera sido vino alcohólico, ya estuvieran borrachos, o casi borrachos. Si Cristo hubiera convertido agua en vino alcohólico, entonces se hubieran emborrachado aún más. Tal acto no hubiera permitido que se manifestase su gloria.

10. Permitiendo que la gente se emborrache aún más no hubiera causado que sus discípulos creyeran aún más en él. Vea el versículo **11**.

Calvin George, El Vino Intoxicante a la Luz de la Biblia, 4, 5

7.4. La misa y la comunión católica

El concepto católico de la misa se fundamenta erróneamente en varios aspectos. Uno de ellos es la existencia del sacerdocio, asunto que es negado por las Sagradas Escrituras en el Nuevo Testamento, esto es, luego de la muerte de Jesús. No hay evidencias de un cuerpo de creyentes separado para el sacerdocio, como existía por ejemplo en el Antiguo Testamento con los descendientes de Aarón. Contrariamente a las Sagradas Escrituras, la iglesia romana declara que estamos sujetos a anatema quienes pensamos contrariamente a ella en lo respecta a este tema.

El Concilio de Trento declaró lo que sigue: "Si alguno dijere que en el Nuevo Testamento no existe un cuerpo colegiado de sacerdotes, ni sacrificio para retener y perdonar los pecados, sino simplemente la responsabilidad y trabajo de predicar el evangelio, sea anatema".

A pesar de lo que dice el Concilio de Trento, permanece el hecho de que el sacerdote que ejerce su ministerio en la iglesia no es más que una ficción como lo es también el altar ante el que él se presenta, y el sacrificio de la misa que dice ofrecer a Dios. Ninguno de ellos tiene lugar ni aprobación en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento nunca aplica la palabra "sacerdote" en singular ni a los creyentes como individuos ni a ninguno que ejercía un oficio en la iglesia, sino que siempre la usa en plural, "sacerdotes", refiriéndose a todo el conjunto de creyentes.

Un Examen de las Enseñanzas del Catolicismo Romano, 69

Efectivamente, el Nuevo Testamento habla del sacerdocio de todos los creyentes y señala como único sacerdocio el que es según el **"orden de Melquisedec"** que es el Sacerdocio de Jesús con el que ministra en el santuario Celestial. Por supuesto, si no existiera el sacerdocio intercesor como lo entiende la iglesia romana el propio concepto de la misa y consecuentemente la eucaristía se vienen abajo. Se requiere que estos errores coexistan para que parezcan darse la razón entre ellos. Veamos algo sobre el sacrificio idólatrico de la misa, idólatrico pues una "cosa" tal como la hostia, recibe la adoración que solamente corresponde a Dios, y sacrificio pues pretende que Jesús es vuelto a sacrificar una y otra vez, cada vez que un sacerdote oficia una misa.

El sacrificio de la misa es groseramente idólatrico. En el año 1226, once años después de haber sido promulgado el dogma de la transubstanciación, la iglesia romanista puso por primera vez en práctica la elevación de la hostia, ante la cual se postró en adoración toda la multitud allí congregada. Diez años más tarde, en 1236, se sacó la hostia por primera vez en procesión solemne por las calles, acompañada por obispos y otros dignatarios eclesiásticos, sacerdotes, frailes y monjas, y las gentes aglomeradas se postraban de rodillas para adorarla. De hecho la iglesia romanista exalta la hostia por encima del Salvador crucificado y resucitado, adorándola con una pompa y ceremonia que no se da al mismo Cristo. A pesar de ello, la misa no se menciona ni una vez en la Biblia, mientras el relato de los acontecimientos de la última semana de la vida de nuestro Señor en la tierra, que culminó con su muerte en la cruz y su resurrección al tercer día, ocupa casi



una tercera parte de las páginas de los cuatro Evangelios. A la iglesia católico-romana se le pueden aplicar las palabras que Oseas dirigió al idólatra Israel: **“Porque multiplicó Ephraim altares para pecar, tuvo altares para pecar” (Oseas 8: 11)**. Se ha calculado que se celebran cuatro misas, elevándose en todas ellas la hostia, cada segundo del día y de la noche por todo el año. ¡Qué ofensa para Dios! ¡Qué manera de pervertir el propósito divino, convirtiendo una fiesta divinamente señalada en una vuelta incesante de culto idólatra, que Dios tanto odia! (**Jeremías 44: 3, 4**).

En relación con el decir y cantar las misas, que Dios detesta, existe también la circunstancia de que se celebran para sacar almas del purgatorio pagando un precio, por dinero. Esta maligna costumbre comenzó en los siglos siete y ocho, y al llegar el siglo doce ya se había convertido en una práctica regular. Todo esto se basa en dos falsedades: que las almas de los creyentes van al purgatorio, y que diciendo y cantando misas por ellas se les alivian las penas, y hasta se las puede sacar de allí. La iglesia católico-romana no puede menos de admitir que en el Nuevo Testamento no hay enseñanza ni precedente alguno que justifique el recibir dinero por las misas, pero sostiene que, puesto que la iglesia romana ha sido designada como autoridad judicial de Dios en la tierra, lo que es otra patente falsedad, cualquier cosa que ella decreta como práctica general no puede estar contra la ley de Dios. La cantidad de dinero que recibe la iglesia de Roma por las misas no puede calcularse. Al recibir este dinero Roma está convirtiendo en mercancía la gracia de Dios, lo que Pedro no hubiera hecho, pues él dijo a Simón Mago: **“Tu dinero perezca contigo, que piensas que el don Dios se gana con dinero” (Hechos 8: 20)**. Si de esta manera habló al que quería comprar. ¿qué no diría de los que pretenden vender la gracia en nombre de Cristo? **“El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8: 32)**.

A pesar de estos millones de misas que se dicen, Roma no da seguridad de libertad a las almas. Aún se siguen diciendo misas aún por papas que murieron hace cuarenta o cincuenta años. Si ellos han sido ya sacados del purgatorio por las misas que por ellos se han dicho, lo ignoran los que hacen decir estas misas.

Un Examen de las Enseñanzas del Catolicismo Romano, 74, 75

Al dar por supuesta, violando los principios bíblicos, la existencia de un sacerdocio es necesario también la existencia de un altar y un sacrificio. Un altar donde el Papa se sienta como si ocupara el lugar de Dios en la tierra. Todo esto se hizo para incorporar los conceptos paganos a la adoración a través de la misa y la eucaristía.

Roma sostiene que, puesto que hay una ofrenda que hacer, el sacrificio de la misa, debe haber también sacerdote y altar, y por eso tiene muchos sacerdotes y muchos altares. Cada iglesia católico-romana tiene un sacerdote y en cada iglesia hay un altar. Muchas iglesias tienen muchos altares. Algunos escritores en diferentes épocas han hablado de los cincuenta y dos, sesentaiocho y aún noventainueve altares en una sola iglesia, la de San Pedro en Roma, tan renombrada por su santidad y magnificencia.



Sin embargo, como ya hemos visto, la misa, lejos de ser un real sacrificio expiatorio del cuerpo y la sangre de Cristo, ordenado por el mismo Señor, es en realidad una institución humana de hecho idolátrica, y una ofensa a Dios, pues es una caricatura del gran sacrificio, en el que nuestro Señor se ofreció a sí mismo en el Calvario. No existiendo ahora sacrificio en la tierra, no hay necesidad de altar. A los israelitas se les prohibía en el Antiguo Testamento tener más de un altar, y éste debía estar en el lugar escogido por Dios (**Levítico 17: 8, 9** y **Deuteronomio 12: 13, 14**). Esta regla no se podía quebrantar más que en casos de extremo peligro nacional (**Jueces 6: 24; 1 Samuel 7: 9, 10; 1 Samuel 18: 32; 2 Samuel 24: 18**). Esta limitación del altar a un solo lugar era figura del único lugar en que Dios podría encontrarse con el hombre, es a saber, en Cristo (**Hechos 4: 12**). A esto contradice abiertamente la multiplicación de altares que hace Roma.

En ningún lugar del Nuevo Testamento se hace referencia a un altar en una iglesia. El culto cristiano no se hizo según el modelo del templo en Jerusalén, sino según el culto de las sinagogas en todo el país. La iglesia cristiana, a la verdad, tiene un altar, porque leemos en **Hebreos 13: 10**: **“(Los cristianos) tenemos un altar, del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo”**.



Y lo que sigue inmediatamente a esta afirmación nos indica el Calvario, donde nuestro Señor sufrió por nuestros pecados:

“Porque los cuerpos de aquellos animales, la sangre de los cuales es metida por el pecado en el santuario por el pontífice, son quemados fuera del real. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (**Hebreos 13: 11,12**).

Los así llamados altares en las iglesias no son altares, sino que equivalen a la mesa a la que se sentó nuestro Señor con sus discípulos cuando instituyó la última cena. La cruz del Calvario representaba el altar de bronce, y el altar del incienso tuvo su cumplimiento en la intercesión de nuestro Señor por nosotros ante la presencia de su Padre.

Un Examen de las Enseñanzas del Catolicismo Romano, 68, 69

Veamos algunas otras distorsiones existentes en la misa y la eucaristía que demuestran ellas mismas su lejanía de los principios cristianos y su total acercamiento a los ritos paganos, de los que realmente proceden.

Roma yerra radicalmente no solamente en cuanto al significado de la eucaristía, sino también en cuanto a la manera de administrarla, haciendo caso omiso del ejemplo y del mandato del Señor.

1. Insiste en que la comunión debe tomarse en ayunas, en forma que, según las normas vigentes, no debe pasar cosa sólida por los labios durante las tres horas anteriores a la comunión, aunque este tiempo puede reducirse si se trata de líquidos. Para la comunión matutina el comulgante debe estar en ayunas desde la media noche, y se dice que esto debe hacerse por reverencia a nuestro Señor, citándose a este propósito las palabras de San Agustín:

“Ha sido la voluntad del Espíritu Santo que, en honor a tan gran sacramento, lo primero que pase por los labios del cristiano antes de cualquier alimento sea el cuerpo del Señor, y por esta razón se observa esta costumbre en todo el mundo”.

Pero ¿cómo o cuándo instituyó el Señor la santa comunión? No se halla mandato alguno acerca del tiempo, y a la verdad nuestro Señor no trató de poner trabas a sus discípulos en este particular. Sin embargo, subsiste el hecho de que él instituyó esta fiesta en la noche, porque **“la noche que fue entregado, tomó pan” (1 Corintios 11: 23)**. Además, todos los relatos de los evangelios y de **1 Corintios 11** demuestran claramente que él dio gracias y tomó el pan, después de haber cenado, de modo que es absolutamente cierto que los discípulos no tomaron el pan y el vino en ayunas. Toda la idea de tomar la comunión en ayunas se basa en la doctrina de la transubstanciación, en la que están envueltos los verdaderos cuerpo y sangre. El tomar la comunión en ayunas es una superstición romana, a pesar de lo que digan San Agustín y los concilios de la iglesia.

2. El vino lo toma solamente el sacerdote que celebra. Los creyentes laicos, y aun los mismos sacerdotes que no celebran, toman el sacramento bajo una sola especie, es decir, reciben solamente el pan. Se dan para ello varias razones, pero son tan infantiles que más parecen excusas que razones, y bien pobres, por cierto.

Se nos dice en primer lugar que no existe mandato alguno para que los cristianos ordinarios tomen el vino, y que al tiempo de la institución de esta ordenanza se hallaban presentes sólo los apóstoles. Muy cierto, pero también lo es que no se hallaban presentes más que los apóstoles cuando tomó el pan y dijo: **“Tomad, comed, este es mi cuerpo”**, de modo que solamente los apóstoles deberían participar del pan. Lo que es válido en un caso es válido también en el otro, pero ni Roma sugiere que debe privarse del pan a los fieles. Es evidente que los apóstoles no se encontraban allí en su capacidad oficial de apóstoles, sino de discípulos privados, representándonos a nosotros, y que el mandato relacionado con la copa: **“Bebed de ella todos”**, es la ordenanza a todo verdadero discípulo para que participe del pan y del vino en memoria de su cuerpo roto y de su sangre derramada.

La segunda razón que se aduce es que no es necesario participar de los dos elementos, puesto que después de la consagración se encuentran en ambos todo Cristo con su cuerpo y sangre, su humanidad y su divinidad, y participando del uno se participa de todo Cristo, y esto basta. Pero se ocurre preguntar, si esto es cierto con relación a los laicos, ¿por qué no lo es con relación al sacerdote? Si tanto el cuerpo como la sangre se hallan en el pan, ¿por qué usó nuestro Señor el pan y el vino? Roma se contradice a sí misma, pues por una parte dice que el pan se convierte en la verdadera carne, y por otra afirma que el pan es ambas cosas, el cuerpo y la sangre. ¿Nos atenderemos al dictado del Concilio de Trento: “Los laicos y los clérigos que no celebran no están obligados por precepto divino a recibir el sacramento de la Eucaristía bajo las dos especies, ni se puede en manera alguna dudar, sin ofender a la



fe, que la comunión bajo una sola especie es suficiente para su salvación”, u obedeceremos al precepto del Señor, participando del pan y del vino, como él lo ordenó?

La tercera razón que se da es que hay peligro de que la sangre se derrame. Tal peligro no existe, porque allí no hay sangre, sino vino solamente. Si el pan se convirtiera realmente en el cuerpo del Señor, existiría el peligro de que las migas cayeran también al suelo.

La cuarta razón es que el vino no se conserva fácilmente. Se le ocurrirá a cualquiera preguntar, ¿por qué así? o ¿por qué se ha de conservar? La respuesta a esta segunda pregunta se halla naturalmente en que parte del pan se reserva después de la consagración para casos de emergencia en la extrema unción, la que, como hemos visto ya, no tiene fundamento en las Escrituras. La reservación condujo al culto de la hostia.

El beber todos del mismo cáliz puede conducir a la propagación de enfermedades. Tal vez, y por eso muchas iglesias usan copas individuales para la comunión; pero no deja de ser sorprendente que un argumento basado en los principios de higiene moderna se aplique a una costumbre romanista que la misma Roma conecta con el Concilio de Constanza en el año 1414.

3. La iglesia católico-romana se aparta del sacramento, según lo instituyó nuestro Señor, de una tercera manera. Es absolutamente cierto que el pan que usó nuestro Señor en la pascua era pan ordinario; sin embargo, Roma, que en algunas cosas pone tanto énfasis en la exactitud de las cosas externas, prepara hostias especiales para la comunión, que deben tener un tamaño y forma determinados. De nuestro Señor se nos dice que “partió el pan”, lo que indica en realidad que el pan de la pascua tenía cierto tamaño, y no se trataba de una hostia.
4. El comulgante no debe tocar el pan. El sacerdote lo coloca en su lengua; y se le enseña que no muerda la hostia, sino que la deje disolver en la boca. Nuestro Señor dijo: “Tomad”, lo que indica que se debía tener en las manos, y también dijo: “Comed”, lo que quiere decir que se debía masticar.

Un Examen de las Enseñanzas del Catolicismo Romano, 67, 68

7.5. Transubstanciación

Hemos mencionado varias veces en este tratado el concepto de la transubstanciación. Ha llegado el momento de explicarlo y analizarlo con alguna profundidad. La iglesia católica incluye en su teología el dogma (creencia que se acepta sin discusión, como si fuera un asunto de fe) que cuando el sacerdote consagra el pan y el vino durante la misa estos se convierten realmente en el cuerpo y la sangre de Jesús. Este concepto no tiene sustento bíblico pues los emblemas mencionados representan el cuerpo y la sangre de Cristo, pero no “son” el cuerpo y la sangre de Cristo. Podemos revisar y analizar la Santa Biblia en toda su extensión y no encontraremos un solo asidero a esta doctrina espuria que implica que Cristo es ofrecido vez tras vez, misa tras misa en sacrificio “incruento” por el sacerdote. Cristo no necesita ser ofrecido vez tras vez por nuestros pecados.

De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.

Hebreos 9: 26

El dogma romano sobre la transubstanciación es así: Después de pronunciadas ciertas palabras de consagración por el sacerdote, sobre el pan y el vino de la Comunión o Eucaristía, estos elementos se convierten real y verdaderamente en el cuerpo y la sangre de Cristo, no quedando nada en absoluto de los elementos, es decir, ni su dimensión, ni su figura, ni su olor, color o sabor. El pan y el vino dejan de existir y, un “Cristo completo”, con cuerpo, sangre, huesos, nervios, alma y divinidad toman su lugar. Añaden que es el mismo cuerpo que fue crucificado, sepultado, ascendido y recibido arriba en los cielos. La doctrina dogmática de la transubstanciación romanista cree, pues, en la transformación real y literal del pan y el vino empleados en la Comunión, en ‘el cuerpo y la sangre de Cristo’.

El cardenal Belarmino, romanista, dice textualmente: “Decimos que verdadera y propiamente se quita, se levanta y se pone el cuerpo de Cristo, colocado en la patena o sobre el altar y llevado de la mano a la boca y de ésta al estómago”. En cualquier Catecismo romanista pueden leerse estas preguntas y respuestas: “¿Están el cuerpo y la sangre de Cristo bajo las apariencias del pan y el vino?” “Sí: Cristo entero, verdadero Dios y verdadero hombre, está bajo la apariencia de entrambos”.

No necesitamos apelar a más testimonios. La doctrina de la transubstanciación es propia del romanismo y totalmente extraña al Evangelio y aun a la fe de la Iglesia Cristiana primitiva. ¿De dónde



pudo obtenerla el romanismo? Simplemente de la interpretación literal de las palabras pronunciadas por Cristo al distribuir el pan y el vino en su Cena: “Esto es mi cuerpo y esto es mi sangre”.

Claudio Gutiérrez Marín, Errores fundamentales del Romanismo, 189, 190

Esta creación del romanismo aparece en el siglo IX, aunque en realidad pasó a formar parte de la teología o doctrina católica recién en el siglo XIII. Es inexplicable, que un asunto al que la iglesia romana le atribuye tanta importancia haya pasado desapercibido casi 1.200 años a todos los teólogos y los llamados padres de la iglesia.

La doctrina de la transubstanciación apareció, de hecho, por primera vez en el año 830, y aun entonces las ideas que se tenían acerca de ella eran muy vagas y diferían unas de otras. La palabra transubstanciación no se hizo de uso común sino hasta el año 830, y la doctrina siguió en disputa aun después de esa fecha. El Papa Inocencio III la promulgó en 1215, y fue declarada artículo de fe en 1551 por el Concilio de Trento, que anatematizó a cualquiera que la negara o pusiera en duda.

Un Examen de las Enseñanzas del Catolicismo Romano, 64

El concepto pagano, del que hemos hablado extensamente en otro acápite, que hay que alimentarse del dios colisiona frontalmente con el propósito de la cena, el significado de los emblemas y la propia razón.

El verbo ser ha cegado al romanismo. El verbo ser, aceptado como ser, para no ser la verdad... porque si el pan que Cristo tuvo en sus manos en la Cena era su propio cuerpo, nos encontraremos con que Cristo tuvo a la vez dos cuerpos materiales al mismo tiempo: uno el suyo y otro, también suyo, en su propia mano. Y si al tener entre sus manos la copa del vino, ese vino era su propia sangre. Cristo, sin perder una sola gota de su sangre, tenía también toda su sangre dentro de aquella copa... ¡Absurdo lamentable!

Además, si el pan y el vino de la Comunión son realmente el cuerpo y la sangre de Cristo, cuando éste es tomado en la comunión, nos encontraremos con tantos Cristos como fieles comulgan. He aquí el problema de la ubicuidad resuelto por el romanismo.

Por otra parte, si el pan y el vino de la comunión son realmente el cuerpo y la sangre de Cristo y éste es ingerido por los fieles y después, lógica y fisiológicamente, expulsado de él... ¿en qué lugar quedan la divinidad y la eternidad de Cristo?

Añadamos aún: si el pan y el vino de la comunión son verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo... ¿cómo explica el romanismo que ese cuerpo de Cristo se encuentre al mismo tiempo a la diestra del Padre en los cielos? Si el pan y el vino de la comunión son verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo... ¿cómo es que pueden corromperse y se corrompen de hecho, pese a toda la consagración sacerdotal? ¿No dice la Escritura que el cuerpo real de Cristo no vio corrupción?

Claudio Gutiérrez Marín, Errores fundamentales del Romanismo, 190, 191

En opinión de un reconocido padre de la iglesia romana, Agustín, Obispo de Hipona (354-430 DC), no se puede sostener la “presencia real” de Jesús en el pan y en vino sino que se debe entender esto en sentido espiritual, como también sostienen otros padres de la iglesia, los emblemas son tipos del antitipo que es Jesús. Esto es “porque son signos de las cosas, siendo una y significando otra”.

El propio San Agustín sale al paso de la interpretación equivocada del romanismo al decir: “No aparece nada en el Evangelio que nos obligue a entender las palabras de Cristo propiamente; aún más, nada hay en el texto que nos impida tomar estas palabras, “esto es mi cuerpo”, en un sentido metafísico, como igualmente estas palabras del apóstol: “la piedra era Cristo”: que las palabras de cualquiera de las dos proposiciones bien pueden ser verdad, aun cuando no se entiendan las cosas que se hablan aquí en un sentido propio sino metafísico”.

Para Agustín, las palabras rituales o sacramentales: “esto es mi cuerpo; ésta es mi sangre” deben ser tomadas en un sentido espiritual. Así pensaron también numerosos padres de la Iglesia, como por ejemplo, Ireneo, obispo de Lyon (178 DC), quien escribió: “La oblación de la Eucaristía, tampoco es carnal sino espiritual y en este sentido pura”. Clemente de Alejandría, (190 DC): “La Escritura ha llamado al vino un símbolo místico de la santa sangre”. Tertuliano (195 DC): “Tomando el pan y distribuido a sus discípulos lo hizo su cuerpo diciendo: “Esto es mi cuerpo”, es decir, la figura de mi cuerpo”. Eusebio, obispo de Cesárea (325 DC): “Cristo mismo dio los símbolos de la economía divina a sus propios discípulos... Les señaló el uso del pan como símbolo de Su propio cuerpo”. Cirilo de Jerusalén, (363 DC): “Participamos con toda confianza, como si fuera del cuerpo y sangre de Cristo; porque en el tipo del pan te es dado el cuerpo y en el tipo de vino te es dada la sangre”. Macario de Egipto (371 DC): “En la Iglesia se ofrecen pan y vino, antitipo de la carne y sangre de Cristo [aquí se utiliza incorrectamente el concepto de antitipo, pues el pan y el vino son los tipos] y los que participan del pan visible comen la carne del Señor espiritualmente”. Jerónimo de Roma (390 DC): “Como tipo de su sangre no ofreció agua sino vino”. Agustín de Hipona (400 DC): “El Señor no



dudó en decir: “esto es mi cuerpo”, cuando daba el signo de su cuerpo”. “Estos son sacramentos en los cuales debe entenderse no a lo que son sino a lo que representan; porque son signos de las cosas, siendo una y significando otra”. Teodorete de Siria (424 DC): “Los símbolos místicos, después de la consagración, no salen de su propia naturaleza”. Gelasio, papa (596 DC): “Ciertamente la imagen y semejanza del cuerpo y la sangre de Cristo se celebran con la acción de los misterios”...

Claudio Gutiérrez Marín, Errores fundamentales del Romanismo, 191

Al intentar explicar lo inexplicable o lo insustentable, los teólogos católicos caen en serias contradicciones de lógica. Mientras que se afirma que el pan contiene plenamente a Jesús, incluyendo su sangre, por lo que se da al pueblo católico uno solo de los emblemas al participar de la comunión, por otro lado, el sacerdote participa de ambos emblemas.

El Concilio de Constanza [1414 DC] priva de la participación del vino en la Comunión a todos los laicos... No sirve de nada la defensa en favor de esta innovación hecha por el romanismo, porque si en la hostia está, según ella, el cuerpo completo de Cristo, es decir, su carne y su sangre ¿por qué el sacerdote participa del vino cuando comulga?

Claudio Gutiérrez Marín, Errores fundamentales del Romanismo, 151, 152

Una definición clara de la transustanciación está en los registros del Concilio de Trento (1545-1563 DC) donde se afirma lo que hemos mencionado con anterioridad.

El Concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: “Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio transustanciación” (DS 1642).

La presencia eucarística de Cristo comienza en el momento de la consagración y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas. Cristo está todo entero presente en cada una de las especies y todo entero en cada una de sus partes, de modo que la fracción del pan no divide a Cristo (Cf. Concilio de Trento: DS 1641).

Catecismo de la Iglesia Católica 1992, Acápites 1376, 1377

Una terrible blasfemia forma parte de la teología católica, aquella que sostiene que al traer el sacerdote (mediante las palabras de la consagración) a Dios el Hijo a “encarnarse”, en la hostia y el vino embriagante que usan, suponen que grande es el poder del sacerdote pues es capaz de crear al Creador.

Los sacerdotes caldeos pretendían de igual manera, mediante sus palabras mágicas, hacer bajar a las divinidades a sus respectivas estatuas, para que su “presencia real” se manifestara visiblemente en ellas. A esto lo llamaban “la hechura de dioses”; y de allí proviene, sin duda, el dicho blasfemo de los sacerdotes papistas de que ellos tienen poder “para crear a su Creador”. Hasta donde he podido averiguar, no hay evidencia de que, en el sistema babilónico, la delgada y redonda torta o galleta del “incruento sacrificio de la misa”, fuera considerada alguna vez como algo más que un símbolo, ni que se transformara alguna vez en el dios al que ella representaba. Pero la doctrina de la transustanciación es del todo claramente de la esencia de la misma magia, que pretendía cambiar una substancia en otra, con la pronunciación de unas cuantas y poderosas palabras, o mediante un hábil juego de manos eliminar una substancia y hacer aparecer otra en su lugar. Además, el Papa, en la plenitud de su poder, se atribuye el derecho de esgrimir los rayos de Jehová, y de destruir con sus “fulminaciones” a cualquiera que lo disguste. Los reyes, y todas las naciones que creen en tal poder, han temblado y se han inclinado ante él por temor de ser fulminadas por sus rayos espirituales. Los sacerdotes del paganismo se arrogaban el mismo poder; y, para reforzar la creencia en sus poderes espirituales, también pretendían literalmente hacer descender rayos del cielo.

Alexander Hislop, Las dos Babilonias, 395

“Se puede decir que en cierto sentido, el sacerdote es el creador de su creador, pues cuando pronuncia las palabras de consagración, el crea, por así decirlo, a Jesús en el sacramento, dándole una existencia sacramental. ¡Oh feliz oficio del sacerdote! ¡El que me creó a mí, me dio el poder de crearlo a Él; y el que me creó sin mí es creado por mí!”

San Alfonso de Liguori, La Dignidad y los Deberes del Sacerdote, 32, 33

“Y cuando el sacerdote pronuncia las tremendas palabras de consagración, él alcanza hasta el cielo, hace que Jesús descienda de su trono, y lo coloca sobre el altar para ser ofrecido de nuevo como la víctima por los pecados del hombre. Este es un poder mayor que el de monarcas y potentados. Es mayor que el poder de los santos y los ángeles, mayor que el poder de los serafines y querubines. En efecto, es mayor aún que el poder de la Virgen María. Pues, mientras que la bendita virgen fue la agente humana por medio de la cual Cristo se encarnó una sola vez, el sacerdote hace



que Cristo descienda del cielo y lo encarna sobre el altar como víctima eterna por los pecados del hombre - ¡y no una vez sino miles de veces! El sacerdote habla, y Cristo, el Dios eterno y omnipotente inclina su cabeza en obediencia humilde al mandato del sacerdote”.

Our Sunday Visitor, Junio 14, 1936.19

“Así es que el sacerdote puede ser llamado el creador de su Creador, pues cuando pronuncia las palabras de consagración, él crea, por así decirlo, a Jesús en el sacramento, dándole una existencia sacramental y presentándolo como una víctima para ser ofrecida al Padre eterno. Así como fue suficiente que en la creación del mundo Dios dijera “sea hecho y fue hecho” --Él habló y existió-- así también es suficiente que el sacerdote diga: hoc est corpus meum y he aquí que el pan ya no es pan sino el cuerpo de Jesucristo. San Bernardino de Siena dice que el poder del sacerdote es el poder de una persona divina pues la transubstanciación del pan exige tanto poder como la creación del mundo”.

San Alfonso de Liguorio, La Dignidad y los Deberes del Sacerdote, 32, 33

“Nos maravillamos con grande admiración cuando nos damos cuenta que al pronunciar Sus sacerdotes las palabras --hoc est corpus meum— **Jesús les obedece**. Dios mismo desciende al altar, y viene cuantas veces lo llaman y tan a menudo lo llamen y se coloca en sus manos aun cuando éstos sean sus enemigos. Y después de haber venido, **Él permanece completamente a disposición** de ellos, para que lo muevan como les plazca de un sitio a otro. **Si ellos quieren pueden encerrarlo en el templo, o colocarlo sobre el altar**, o sacarlo de la iglesia; si desean pueden comer su carne o dar su carne como alimento a otros”.

San Alfonso de Liguorio, La Dignidad y los Deberes del Sacerdote, 26,27

El Señor los perdone...

Dios le bendiga.